

EL DONADOR DE ALMAS

AMADO

NERVO





NOVELAS en **TRANSITO**

Esta colección ofrece un recorrido indispensable por la novela corta en México. Las primeras historias ven nacer el México independiente; las últimas, el país que surgió de la Revolución armada de 1910 y sus consecuencias culturales. No importa que las novelas vayan ligeras de equipaje, seguramente el viaje será largo.

La novela corta. Una biblioteca virtual
www.lanovelacorta.com



CULTURA
SECRETARÍA DE CULTURA



FONCA

EL DONADOR
DE ALMAS

AMADO NERVO

Juan Villoro

Presentación

Gustavo Jiménez Aguirre,
Jorge Pérez Martínez
y Salvador Tovar Mendoza

Edición y notas

Novelas en Tránsito
Segunda Serie



La novela corta. Una biblioteca virtual

www.lanovelacorta.com

NOVELAS EN TRÁNSITO

Segunda Serie

Gustavo Jiménez Aguirre, *director*

CONSEJO EDITORIAL

Gabriel Manuel Enríquez Hernández, Verónica

Hernández Landa Valencia, Gustavo Jiménez Aguirre,

Eliff Lara Astorga y Luz América Viveros

ASISTENCIA EDITORIAL

Braulio Aguilar Velázquez y Karla Ximena Salinas Gallegos

Amado Nervo, *El donador de almas*

Primera edición digital: 22 de octubre de 2018

D.R. © 2018 Universidad Nacional Autónoma de México

Instituto de Investigaciones Filológicas

Circuito Mario de la Cueva, s. n.

Ciudad Universitaria, C. P. 04510, Ciudad de México.

Esta publicación se realizó con apoyo del Fondo Nacional para la Cultura y las Artes a través del Programa de Fomento a Proyectos y Coinversiones Culturales 2017.

Diseño de la colección: Andrea Jiménez

Ilustración de portada: Gonzalo Fontano

ISBN: EN TRÁMITE (de la colección)

ISBN: EN TRÁMITE

Esta edición y sus características son propiedad de la Universidad Nacional Autónoma de México.

Se permite descargar e imprimir esta obra, sin fines de lucro.

Hecho en México.

ÍNDICE

Presentación. La transmigración del deseo:

El donador de almas de Amado Nervo

Juan Villoro 7

El donador de almas

Diario del doctor 29

La donación 33

El fin del mundo 39

El regalo del elefante 43

Alda llega 47

Los periódicos, etcétera 53

Sor Teresa 57

¿Y ahora...? 65

Yo y yo 69

Digresiones 73

Luna de miel 77

Divagaciones interplanetarias 83

Descensus averno 87

El divorcio se impone 93

En camino 97

Música celestial 103

Continúa la música celestial	107
El avatar	111
Alda quiere irse	115
Adiós	119
Poesía tenemos	125
Zoilo y él	129
Noticia del texto	133
Amado Nervo. Trazo biográfico	135
Notas	139

PRESENTACIÓN

La transmigración del deseo: *El donador de almas*
de Amado Nervo

Juan Villoro

Amado Nervo corrió el albur de ser el escritor más famoso de su tiempo en México y, a la vez, ser sepultado rápidamente por la crítica. Cuando fallece el 24 de mayo de 1919, a los 49 años, recibe el cortejo fúnebre más concurrido en la historia de México, algo bastante digno de reflexión. Ni el entierro de Cantinflas ni el de Pedro Infante ni el de María Félix ni el del Chavo del 8 tuvieron la misma asistencia. Hasta el fallecimiento de Juan Gabriel, no hubo un ídolo popular que congregara de tal forma al pueblo mexicano. Recordemos también que este cortejo empezó seis meses antes de la llegada del cuerpo a la Ciudad de México, el 12 de noviembre de 1919. El poeta había fallecido en Montevideo, en calidad de representante diplomático de México. Podíamos decir que tuvo un funeral náutico a bordo de un barco uruguayo, al que se le fueron agregando

otras embarcaciones, y en cada puerto que tocaba se celebraban recitales multitudinarios; de modo que la estrella de Nervo tenía que ver con la devoción que le profesaba el público en México, pero también con su acogida en toda América Latina.

Por sus colaboraciones en múltiples periódicos de México, España y Latinoamérica, Nervo estuvo muy vinculado con figuras esenciales de la época, como Rubén Darío, su gran amigo, y la del mexicano fue verdaderamente continental. Ahora bien, su sepelio, que lo lleva a la actual Rotonda de las Personas Ilustres, significa un doble sepulcro porque el poeta deja ahí, digamos, sus rastros mortales, pero al mismo tiempo la crítica empieza una labor de distanciamiento de su obra.

Grandes amigos suyos intentan, una y otra vez, revivirlo. Afanosamente, Alfonso Reyes dice que Amado Nervo requiere de una buena antología para reconocerlo como un gran poeta. Pero el sentir general es el de que se trata de un autor con una cursilería irredenta, útil para sensibilizar a una generación de personas que necesitaban de estos protocolos amorosos, para expresar emociones en una época en que los recitales de poesía comienzan a convertirse en una opción laica. Recordemos que Nervo, como tantos otros autores, López Velarde entre ellos, estudia en un seminario en una época en que en México hay doce escuelas prepa-

ratorias y veintiséis seminarios, como recordaba Carlos Monsiváis. La educación religiosa es predominante y el espacio de la meditación y de la reflexión espiritual están confinados, básicamente, a las iglesias. El Modernismo hace que los recitales de poesía sean una opción diferente para la reflexión y la meditación; se trata de un cambio cultural muy significativo y el poeta se convierte en un taumaturgo de los sentimientos que difunde en todas partes.

El poeta modernista, con Rubén Darío a la cabeza, asume una pose poética y se convierte en su propio personaje: una especie de sufriente ejemplar, un pararrayos de las emociones con una vida íntima, secreta, de preferencia misteriosa, y que sublima a través de recitales poéticos. Para poder decir las excelsas cosas que pronuncia el poeta es necesario vivir de una manera convulsa. Como san Agustín en sus *Confesiones*, el poeta modernista se postula como alguien que ha conocido el infierno, por eso puede concebir el paraíso. Estos contrastes hacen sumamente interesante a Nervo, quien dijo alguna vez: “A la santidad se llega por la inocencia o por la penitencia”, es decir, por no haber pecado nunca o por haber pecado mucho y haberse arrepentido. El camino del poeta modernista parece ser el segundo: el de quien conoce el pecado y de ahí anhela algo diferente. “Del abismo

brotar el día”, afirma en un poema de *Místicas*. Este pensamiento convierte a nuestro poeta en una figura extraordinariamente carismática, muy significativa, cautivadora para su época, con una búsqueda literaria sumamente versátil.

Desde muy joven, casi adolescente, Amado Nervo publica en periódicos, primero en Mazatlán; se convierte así en cronista de bailes en el puerto de Sinaloa, y luego en los más importantes diarios de la Ciudad de México, al llegar a ésta en 1894. Algunos lo consideran el fundador del periodismo rosa en México; no es un muy alto honor literario pero habla de su versatilidad como escritor. A la vez, es precursor de la ciencia ficción en Latinoamérica y su relato o novela breve *La última guerra* prefigura a George Orwell y su *Animal farm*. En 1910 es también el gran redescubridor de sor Juana Inés de la Cruz, que llevaba siglos de olvido. Con *Juana de Asbaje* rescata a la poeta monja. Es también un notable cuentista, se interesa por la teosofía e incursiona en filosofía. Para muchos es el primer hippie de América Latina porque tiene una cantidad de reflexiones muy cercanas al orientalismo y a una postura pacifista y de amor fraterno y generalizado, que será recuperada en la década de los sesenta por la *flower generation*. De manera que estamos ante una figura que desafía al entendimiento reductor; imposible

clasificarlo solamente como el autor que sólo conocíamos a través de su poesía, sus vertientes son múltiples.

Como narrador escribió once novelas breves, mucho menos conocidas que su poesía. Hay una inversión en la circulación de la obra del poeta en aquella época, tomando en cuenta cómo se difunden los géneros. Hoy es mucho más fácil que circule una novela y más difícil la poesía; pero en el caso de Nervo, a través de los recitales y de la memorización, es más conocido como poeta que como novelista.

Su andadura en la novela tiene que ver con una exploración de la sexualidad muy fuerte. Inicia con *El bachiller*, relato de un aspirante a sacerdote que es tentado por Asunción, una chica absolutamente seductora y atractiva; él tiene la clásica tensión entre la mente y el cuerpo, entre los apetitos terrestres y su vocación religiosa. Entonces resuelve el problema de la manera más dramática: emasculándose. Este personaje que se castra es interpretado por Sylvia Molloy como alguien que, al cortar literalmente su sexualidad, puede no alejarse de la mujer. Es muy interesante esa interpretación porque no lo hace para apartarse de la mujer sino para entenderla mejor, para estar cerca de ella. Este bachiller, un seminarista, se va a convertir, probablemente, en el confesor favorito de todas las mujeres, será uno con ellas para estar más cerca espiritualmente

que un amante. Hay, digamos, esta tensión de eliminar el cuerpo, no para repudiar a la mujer sino para acceder a ella de otra manera.

Otra novela corta de Amado Nervo ligada a dilemas morales y con una exploración de la sexualidad bastante intensa es *Pascual Aguilera*, ubicada en un ambiente rancharo. Es la historia de un vaquero que corteja a una mujer pero ella lo desprecia. Ahí aparece un tema favorito de Nervo poeta: el amor imposible. En esta historia se encuentra otra de sus claves narrativas menos estudiadas. El protagonista es un hombre sexualmente frustrado. En una escena muy reveladora, él ve a otro pretendiente en un rodeo; el rival monta mucho mejor que Pascual, y éste piensa: “Él me la va a ganar porque es mejor vaquero que yo, y es más apuesto”. Desde luego, hay una especie de elogio homosexual implícito del rival que se asume como derrotado. La pareja vive en el mismo rancho y durante la noche de bodas, en un acto de masoquismo, erótico e intensísimo, Pascual imagina todos los momentos del acto sexual de los novios, a unos cuantos metros de él; empieza a gritar de dolor y una mujer, ya madura, que lo había tenido como un entonado en esa casa donde se había criado el protagonista, al oír los gritos de dolor, se presenta en su cuarto y se recarga en el umbral de la recámara. Luego viene un corte digno

de la mejor telenovela, y la siguiente escena nos escatima lo que pasa. Después la mujer va a confesarse y le dice al sacerdote que se ha acostado con alguien que podría haber sido su hijo, que lo encontró tan mal que quiso consolarlo, empezó espiritualmente y acabó consolándolo sexualmente. Como buen psicoanalista, el sacerdote le pregunta si sintió placer en esa situación, y ella le dice: “La verdad, padre, es que eso es lo peor de todo, me gustó mucho lo que pasó”. De manera brutal, el sacerdote afirma: “Es muy malo lo que has hecho y tendrás que sufrir al respecto”. En la trama de *Pascual Aguilera* hay una exploración del deseo muy poco convencional, no solo para la época sino para el momento, y una valoración moral que sigue una lógica estricta: “si pecaste y eso te gustó entonces tu castigo es seguir pecando para que sigas metida en ese castigo”; es realmente una lógica impecable pero que, desde luego, contraviene la moral católica; todo esto también tiene que ver con los deseos no realizados, el peligro de alcanzar el deseo, y sobre todo, el peligro de conseguirlo por otra vía.

En la narrativa mexicana, Amado Nervo adelanta muchas de las grandes preocupaciones de la modernidad. Con *El donador de almas* (1899), el deseo toma otro cariz. Desde el punto de vista de su composición, esta novela corta es sumamente original. Tenemos, primero,

un narrador externo que presenta dos personajes: un médico y un teósofo poeta; son dos amigos, Andrés y Rafael. Llevan una relación extraordinariamente estrecha que apreciamos, desde el principio, por su gran atracción erótica y su enorme afecto. “Todo hombre necesita un hombre”, se dice en un diálogo, y la respuesta del otro protagonista es: “Y a veces una mujer”. El que sostiene lo primero es el teósofo; el médico responde: “Tú fuiste mi hombre”. Después, el teósofo justifica lo que le debe al otro: tiene veinticinco años, es cinco menor que el médico, y se revela como una persona que lo idolatra y lo ama de una manera muy especial.

En su diario, Rafael comenta que se siente absolutamente solo, en un estado de *spleen* que tanto le interesaba a Baudelaire y del que aprendió mucho Nervo. Rafael es un escéptico absoluto: las sopas que le prepara su cocinera le resultan totalmente insípidas; tiene por toda compañía un gato pero no le satisface, necesita algo más, y exclama: “Deseo tener un afecto diverso del de mi gato”. Entonces se percata de que necesita una nueva alma, pues se encuentra vaciado de sí mismo, en total desconexión con el mundo. Cuando eso ocurre, llega su amigo Andrés que le debe todo y le anuncia: “Tengo un regalo para ti”, y éste es, precisamente, el de un alma. Así aparece Alda, una mujer

de la que solo sabemos que posee alma. Él acepta este regalo que después es descrito como el regalo del elefante, algo difícil de acomodar.

La mujer que transmigra se presenta a través de una carta; tocan a la puerta, llega una carta y se escucha: “Estoy aquí para ti, me llamo Alda y voy a vivir contigo”. Así, él tiene una compañía espiritual con la que dialoga y se abre a nuevas sensaciones emocionales. También el contacto con este espíritu le permite hacer diagnósticos médicos mucho más profundos, porque ella viene del mundo inmemorial de las almas, conoce todos los padecimientos, le pasa tips muy importantes de lo que le está sucediendo a sus pacientes, mejora extraordinariamente el diagnóstico clínico de Rafael.

Ahora bien, Andrés le advierte que el alma de Alda pertenece a un cuerpo que puede dejar por un tiempo, pero no por más de veinticuatro horas; si se queda demasiado con el espíritu puede hacer que quede desprovisto del cuerpo y fallezca, le advierte: “No exageres, tienes que dejarla ir”. En contraste, él se cautiva de tal manera con esta alma que decide amarla y, sobretodo, que ella lo ame; pero llega a un tema muy interesante del cortejo amoroso: ¿puede alguien amar por sumisión? En realidad, Alda es devota de él, está cumpliendo con la obligación que le ha asignado

el donador: “No te puedo amar porque carezco de libre albedrío, estoy aquí porque vine con este conjuro de Andrés, pero al no tener voluntad no puedo estar contigo, dependo de un cuerpo que sí tiene voluntad”. El amante no se conforma, y dice: “No, te tengo que poseer, tengo que estar contigo, necesito conocer tu cuerpo”. Luego intenta acercarse a ella, y lo que sí logra es que ella pase con él mucho tiempo, tanto que el cuerpo que le da soporte fallece por ausencia de alma. Cuando Andrés se entera le dice: “Yo te lo advertí, una vez que el alma estuviera demasiado tiempo contigo podía fallecer el cuerpo y ahora es un alma suelta, es un alma que está totalmente extraviada, y qué vamos a hacer con ella”. Así nos vamos a enterar a qué cuerpo pertenecía esta alma.

La novela es sumamente irónica. Desde el principio conocemos el tono de burla del narrador; por ejemplo, cuando afirma: “Rafael encendió un segundo cigarro”, y entre paréntesis aclara que ya había encendido el primero, como que regaña un poco al lector; ese tipo de acotaciones las hace con frecuencia. El humor también es evidente en la relación de Rafael con su ama de llaves, doña Corpus. Ya el nombre tiene algo cómico y la describe como una mujer de cincuenta años y veinticinco llaves; ella cree en el Apocalipsis y desea fervientemente que suceda. Es una mujer que

se la pasa rezando para que ocurra el fin del mundo; varios de los planteamientos temáticos tienen que ver con este elemento irónico. Naturalmente cuando nos enteramos de cuál era el cuerpo que sustentaba a Alda hay un efecto cómico por tratarse de una monja, alguien ajeno al deseo: lo contrario, de alguna manera, a lo que deseaba el protagonista, pues es el cuerpo que le tocó en suerte, el de sor Teresa, y entonces se plantea el enigma de qué hacer con el alma errante después de que sale del cuerpo de la monja. Aquí ocurre el gran giro de la novela: el alma de Alda se incrusta en el cerebro de Rafael; en consecuencia, hay un hemisferio, el izquierdo, poseído por la mujer y otro hemisferio, el derecho, poseído por el hombre.

Rafael y Alda viven juntos en un solo cerebro y obviamente esto lleva a un desconcierto. Alda dice: “Es un caso de hermafroditismo intelectual”. Los dos se aman intensamente, con un narcisismo de quien se ama como dos personas a la vez, con la ventaja de que las dos son él mismo. Le dice: “Dame un beso”, y él afirma: “Me di un beso”. Realmente hay una intención de satisfacción total del deseo; lo que implica tener una amada sin el inconveniente de que sea otra persona y de que tenga vida propia. Aparentemente es la solución perfecta para el deseo, pero dentro de los sesgos cómicos de la novela está el de que esta pasión,

que es extraordinaria cuando comienza, se convierte poco a poco en un matrimonio, no solo por conveniencia sino por obligación. Ciertos hábitos de Rafael le parecen molestos a ella; uno quiere dormir a una hora, el otro quiere dormir a otra y apaga la luz. Ese tipo de situaciones, tan reales en la vida de las parejas, empieza a aparecer en el propio cerebro del protagonista. Él fuma, a ella no le gusta, le encantan los dulces, a él le chocan; es un desastre hasta que deciden divorciarse; pero ¿cómo se divorcia un alma? Ahí se presenta una sátira del matrimonio cuando el deseo se consume y no se puede reinventar.

El otro problema es que para liberar el alma de Alda del cerebro tienen que encontrar otro receptáculo, otro cuerpo para encarnar. Esta situación conlleva la fabulación masculina típica: una mujer maravillosamente guapa, de preferencia tonta, que pueda tener el alma de Alda. Este deseo, tipo Frankenstein, de construir una amada, y en la medida en que se construye, se le domina y puede tener, digamos, todos los hilos de la narración. El dilema resulta imposible porque el alma está vagando, y si no encarna rápidamente en un cuerpo va a desaparecer en el fino éter de las causas perdidas. Entonces deciden usar un cuerpo a la mano, que desde el principio parecía predestinado por su propio nombre: el de doña Corpus. Además, dicen

ellos, es un cuerpo que tiene tan poca espiritualidad que puede, pues, admitir hasta dos o varias almas porque es un cuerpo vacío. Entonces transmigra el alma al cuerpo de doña Corpus que no está preparada para tanta espiritualidad y muere de saturación espiritual, fallece instantáneamente y queda una vez más flotando el alma. Andrés y Rafael se dan cuenta de que esa alma está destinada a no estar con ellos y deciden liberarla en el éter y el alma se va, se evade. Para esto, en la relación que han tenido Alda y el protagonista hay una serie de consideraciones sumamente interesantes, por ejemplo, él le pide que le recuerde cosas, pero lo que ella recuerda de su vida de sor Teresa es sumamente aburrido. Además, sor Teresa tiene algunas particularidades molestas, por ejemplo, cuando empiezan a discutir en qué otro cuerpo puede reencarnar, ella dice: “Bueno, pero que no sea en el cuerpo de una judía”, se revela como antisemita; entonces a él le parece muy triste no poder discutir con su amada de lo que perdió en la vida que tuvo en su cuerpo anterior, entonces padece una nostalgia que no se puede saciar.

Por otra parte, cuando Alda sale del cuerpo de Rafael después de este matrimonio tan obligado que llevaban en el mismo cerebro, él de una nueva vez comienza a amarla, porque ya vuelve a ser un objeto del deseo, puesto que está fuera de él, porque es distin-

ta, porque puede encarnar en otra mujer, porque se le puede escapar, porque se puede ir, es decir, porque la posesión ya no es completa. Ahí hay una serie de conjeturas interesantes dentro de la muy particular estructura de la novela que no tiene un ritmo temporal lineal sino que acude con frecuencia a *flashbacks*, por ejemplo, la llegada de Alda, y en un episodio posterior nos enteramos de cuál era su vida previa como sor Teresa, y así sucesivamente.

En el segundo apartado de la novela, Andrés le dice al narrador: “Yo me debo a ti, tú me hiciste un hombre”, frase ambigua pero que tiene que ver con su trayectoria intelectual, y luego, en un capítulo posterior, nos enteramos de que Rafael publicó los libros de poesía de Andrés, los llevó a las librerías, era su Mecenaz. Entonces la novela está contada con una discontinuidad temporal sumamente interesante, con distintas perspectivas, porque tenemos un narrador externo, fragmentos del diario del propio Rafael, muchos diálogos en los que no interviene un autor que esté sancionándolos, y que diga “dijo él”, “dijo el otro”, son diálogos autónomos que aparecen en la página. Dentro de esta estructura tan peculiar hay un interludio sobre los recuerdos de Alda. No se acuerda de cosas interesantes en su vida de sor Teresa, pero evoca sus viajes interestelares como alma; se trata de

un episodio de ciencia ficción incrustado cuando ella viajaba por el espacio; este pasaje prepara el desenlace, porque en él ella pide ser liberada para integrarse al éter infinito. Finalmente, así decide Rafael hacerlo muy azuzado por Andrés, se quedan solos después de este experimento, y viene un poema en donde el espíritu de ella desaparece como un rayo de luz. No sabemos lo que pasa posteriormente con Rafael y con Andrés, hay esta tensión erótica entre ellos, el deseo de amarse por intermediación, no por interpósita persona sino por interpósito espíritu, que es el de conseguir un alma diferente para amar, el de ejercer este hermafroditismo y vemos los éxitos y los fracasos posibles.

Me parece que en la literatura latinoamericana esta novela es el antecedente más sugerente de novelas muy posteriores, como *El beso de la mujer araña* de Manuel Puig, por ejemplo, una novela dialogada en donde el narrador interviene muy poco; con cierta ironía Juan Carlos Onetti dijo de Puig: “sabemos cómo piensan sus personajes pero no sabemos cómo piensa el autor”, porque no había una relación en donde un narrador en tercera persona sancionara lo que están diciendo los personajes, entonces simplemente los vemos como voces sueltas que están hablando.

El beso de la mujer araña es una obra maestra del encierro. Recordemos que están dos prisioneros en

una misma celda, Molina y Valentín, un militante político de izquierda, un homosexual sentimental; es un encuentro forzado entre ambos. Esta situación de encierro la tenemos en *El donador de almas* entre una monja, o el alma de una monja, con un médico medio filósofo, o el alma de un médico medio filósofo, encerrados en un cerebro; es decir, dos figuras de alguna manera antitéticas que al mismo tiempo acaban amándose y complementándose. En *El beso de la mujer araña* tenemos el vasto repertorio del melodrama a través de las películas que va contando Molina y de las que le va hablando a Valentín, casi todas ellas tienen que ver con amores frustrados, amores imposibles, etcétera. Una de las frases célebres de *El beso de la mujer araña* es: “Yo siempre con la heroína”, es Molina diciendo: “Me identifico siempre con lo que le pasa a la heroína”, que casi siempre es la que más sufre en estas tramas del Hollywood melodramático; entonces hay muchos puntos de paralelismo y, sobretodo, la exploración de la sexualidad. En la novela de Puig las famosas notas de pie de página tienen que ver con toda una adquisición sobre la homosexualidad, la relación entre homosexualidad y política, en fin, elementos de discusión de una modernidad que, desde luego, escapa a Amado Nervo, pero que en buena medida están ya sugeridos en la trama de *El donador*.

También es muy sugerente en todo el desarrollo de este texto la relación con el cuerpo. El único protagonista que es descrito a partir de su físico es Andrés, el donador de almas; los demás no tienen físico, y cuando tratan de averiguar algo al respecto resulta, prácticamente, imposible; por ejemplo, insiste mucho Rafael en preguntar a Andrés: “Cómo es el cuerpo del que se desprende esta alma, el alma de Alda”; “No tiene nada que ver contigo, tú no vas a tener que ver con el cuerpo”, es la respuesta tajante. Andrés, con cierta ironía, dice: “No está mal conocer a los vecinos”, y en este caso el vecino es el cuerpo, como para saber por dónde viene la cosa y no hay posibilidad de entrar en contacto con el cuerpo. De alguna manera, el protagonista más significativo del relato es omitido en la narración, Andrés, pero el título de la novela alude a su importancia; es el donador de almas; entonces, en realidad, estamos leyendo, sin que nos demos cuenta del todo porque es el que menos participa en la acción, una novela sobre quién permitió la transmigración de las almas y la hizo posible. Es muy interesante que el único dotado de cuerpo, que aparece seductoramente como un hombre de ojos de niebla gris londinense, es también el que va a desencadenar todo a través de esta transmigración de las almas que, como señala el título de esta presentación de la novela, no es otra cosa que

la posibilidad de que el deseo pase de un cuerpo a otro. Si el deseo es una condición etérea pero que se sustenta, desde luego, en el cuerpo, estamos ante esta exploración muy sugerente de un problema eterno de la filosofía que es la división mente/cuerpo, o como prefieren decir los filósofos el problema mente-cuerpo. Es muy sugerente esta descripción que hace la filosofía en el sentido de que tener mente y cuerpo no es algo que escinda al hombre, de manera que nosotros podamos decir que aquí está el cuerpo y aquí está la mente.

El problema central es que están implicados el uno con el otro, y eso es de lo que habla Amado Nervo en esta novela precursora de muchísimos asuntos y temas posteriores. Me sorprende que los estudios de género no se hayan ocupado más de ella, pero obviamente Nervo es un autor que, desde luego, requiere de un proceso de recuperación y en cierta forma de resurrección, porque una de las características de un clásico no es solo que se siga leyendo durante mucho tiempo sino que se siga leyendo mal, es decir, no siempre leemos bien: ¿quién nos garantiza que interpretamos lo correcto? La riqueza de un clásico es precisamente esa, la de que permite que nos equivoquemos en una época a propósito de él y luego nos permite regresar con una interpretación diferente.

Recordemos los versos citados de Nervo: “Del abismo brota el día”, una constante en *El donador*. En un momento dado, uno de los personajes afirma: “Hay que tutear al abismo, hay que llevarnos en confianza con él”. Esta novela tiene que ver con un tema muy socorrido de la literatura y que no resulta ajeno a ninguna de las facetas de Nervo, pero que, quizá, aquí adquiere mayores dimensiones: entender que el deseo es un problema elegido; es decir, hay siempre este componente de que lo que te atrae es también algo que te puede dañar, y allí en esa dialéctica, en esa tensión, está, creo yo, buena parte de la mejor literatura de Amado Nervo. En paralelo con ella, para finalizar, pensemos: para qué dejar que la vida nos presente problemas, si a través del amor podemos encontrarlos.

EL DONADOR DE ALMAS

A Josefina Tornel

Amica in gaudio, soror in tenebris.
[Amiga en el gozo, hermana en las tinieblas.]

Ten cuidado: jugando uno al fantasma,
se vuelve fantasma.

Máxima de cábala

DIARIO DEL DOCTOR

El doctor abrió su diario, recorrió las páginas escritas, con mirada negligente: llegó a la última, sobre la cual su atención se posó un poco más, como queriendo coger el postrer eslabón a que debe soldarse uno nuevo, y en seguida tomó la pluma.

En el gabinete “se oía el silencio”, un silencio dominical, un silencio de ciudad luterana en día de fiesta.

México se desbandaba hacia la Reforma, hacia los teatros, hacia los pueblecillos del Valle, y en Medinas todo era paz: una paz de calle aristocrática, turbada con raros intervalos por el monofónico rodar de un coche o por la bocanada de aire que arrojaba indistinto y melancólico a los hogares, un eco de banda lejana, un motivo de *Carmen* o de *Aída*.

El doctor —decíamos— tomó la pluma y escribió lo siguiente, a continuación de la última nota de su diario:

DOMINGO 14 DE JULIO DE 1886. Estoy triste y un poco soñador. Tengo la melancolía del atardecer dominical. La misma total ausencia de afectos... ¡Ni un afec-

to! ¡“Mi reino” por un afecto!...¹ ¡Mi gato, ese amigo taciturno de los célibes, me hastía. Mi cocinera ya no inventa y encalvece sobre sus guisos; los libros me fatigan; siempre la misma canción! ¡Un horizonte más o menos estrecho de casos! Sintomatologías adivinables, diagnósticos vagos, profilaxis. ¡Nada! “Sólo sé que no sé nada”. Sabiamente afirma Newton que los conocimientos del hombre con relación a lo ignorado son como un grano de arena con relación al océano...

Y yo sé mucho menos que Newton supo. Sé sobre todo que no soy feliz... Vamos a ver: ¿qué deseo?, porque esto es lo esencial en la vida; saber lo que deseamos; determinarlo con precisión... ¿Deseo acaso “tener un deseo” como el viejo de los Goncourt? ¡No!, ese viejo, según ellos, “era la vejez” y yo soy un viejo de treinta años. ¿Deseo por ventura dinero? El dinero es una perenne novia; pero yo lo tengo y puedo aumentarlo y nadie desea aquello que tiene o puede tener con facilidad relativa. Deseo tal vez renombre... Eso es, renombre, un renombre que traspase las lindes de mi país... *et quid inde?* como dicen los ergotistas o *à quoi bon?*, como dicen los franceses. Recuerdo que a los dieciséis años deseé tener cien pesos para comprarme un caballo. Los tuve y compré un caballo, y vi que un caballo era muy poca cosa para volar; a los veinte deseé que una mujer guapa me quisiera, y advertí poco después que todas las muje-

res guapas lo eran más que ella. A los veinticinco deseé viajar, “world is wide!”, repetía con el proverbio sajón. Y viajé y me convencí de que el planeta es muy pequeño y de que si México es un pobre accidente geográfico en el mundo, el mundo es un pobre accidente cósmico en el espacio...

¿Qué deseo, pues, hoy?

Deseo tener un afecto diverso del de mi gato. Un alma diversa de la de mi cocinera, un alma que me quiera, un alma en la cual pueda imprimir mi sello, con la cual pueda dividir la enorme pesadumbre de mi Yo inquieto... Un alma... ¡“Mi reino” por un alma!

El doctor encendió un segundo cigarro —la sutil penetración del lector habrá adivinado sin duda que ya había encendido el primero— y empezó a fumar con desesperación, como para aprisionar en las volutas de humo azul a esa alma que sin duda aleteaba silenciosamente por los ámbitos de la pieza.

La tarde caía en medio de ignívoma conflagración de colores y una nube purpúrea proyectaba su rojo ardiente sobre la alfombra, a través de las vidrieras.

Chispeaban tristemente los instrumentos de cirugía alineados sobre una gran mesa como los aparatos de un inquisidor. Los libros dormían en sus gavetas de cartón con epitafios de oro. Una mosca ilusa revoloteaba...

teaba cerca de los vidrios e iba a chocar obstinadamente contra ellos, loca de desesperación ante aquella resistente e incomprensible diafanidad.

De pronto, ¡tlin!, ¡tlin!, el timbre del vestíbulo sonaba.

Doña Corpus, el ama de llaves del doctor —cincuenta años y veinticinco llaves— entró al estudio.

—Buscan al señor...

—¿Quién? —bostezo de malhumorado—. ¿Quién es?

—El señor Esteves.

(Expresión de alegría).

—¡Que pase!

Y el señor Esteves pasó.

LA DONACIÓN

—**D**octor —dijo el señor Esteves, alto él, rubio él, pálido él, con veinticinco años a cuestras y a guisa de adorno dos hermosos ojos pardos, dos ojos de niebla de Londres estriados a las veces de sol tropical—, vengo a darte una gran sorpresa.

—Muy bien pensado —replicó el doctor—; empezaba a fastidiarme.

—Ante todo, ¿crees que yo te quiero?

—¡Absolutamente!

—¿Que te quiero con un cariño excepcional, exclusivo?

—Más que si lo viese..., pero siéntate.

El señor Esteves se sentó.

—¿Crees que a nadie en el mundo quiero como a ti? ¿Crees en eso?

—Como en la existencia de los microbios..., pero ¿vienes a administrarme algún sacramento?, o ¿qué te propones haciéndome recitar tan repetidos actos de fe?

—Pretendo sencillamente dar valor a mi sorpresa.

—Muy bien, continúa.

—Todo lo que soy —y no soy poco—, te lo debo a ti.

—Se lo debes a tu talento.

—Sin ti, mi talento hubiera sido como esas flores aisladas que saturan de perfumes los vientos solitarios.

—Poesía tenemos.

—Todo hombre necesita un hombre...

—Y a veces una mujer.

—Tú fuiste mi hombre; tú creíste en mí, tú hiciste “que llegara mi día”; tú serviste de sol a esta pobre luna de mi espíritu; por ti soy conocido, amado; por ti vivo, por ti...

—Mira, capítulo de otra cosa, ¿no te parece?

—Repito que pretendo sencillamente dar valor a mi sorpresa.

—Pues supongamos que su valor es ya inapreciable... Oye, poeta, cierto es que yo te inventé, mas si no te hubiese inventado, otro lo habría hecho. Yo no creo en los talentos inéditos, como no creo en los soles inéditos. El talento verdadero siempre emerge; si el medio le es hostil, lo vence; si es deficiente, crea un medio mejor... ¿Estamos? Si tú hubieras resultado al fin y al cabo una nulidad, arrepintiérame de haberte inventado, como dicen que le pasó a Dios con el mundo la víspera del diluvio. ¿Vales, brillas?, estoy recompensado por mi obra y orgulloso de ella. La gra-

titud es accidental. La acepto porque viene de ti, pero no la necesito para mi satisfacción y mi contento... Ahora sigue hablando.

—Pues bien. Hace un año; un año, ¿te enteras?; que pienso todos los días; todos los días, ¿te fijas?; en hacerte un regalo. —Aquí el doctor frunció el ceño—. Un regalo digno de ti y digno de mí; un regalo excepcional, y después de 364 días de perplejidades, de cavilaciones, de dudas... he encontrado hoy ese regalo. —Segundo fruncimiento de cejas del doctor—. Mejor dicho, no lo he encontrado, descubrí simplemente que lo poseía, como el escéptico del cuento descubrió que andaba.

—¿Y ese regalo?

—Vine a ofrecértelo.

Andrés se levantó como para dar mayor solemnidad a su donación y, con voz cuasi religiosa y conmovida, añadió:

—¡Doctor, vengo a regalarte un alma!

El doctor se levantó a su vez y clavó sus ojos negros —dos ojos muy negros y muy grandes que tenía el doctor: ¿no lo había dicho?— en los de su amigo, con mirada sorprendida e inquieta.

—¿Tomaste mucho café esta tarde, verdad? —preguntó—. No me haces caso y tu cerebro la paga. Eres un perpetuo hiperestesiado...

—Esta tarde me dieron un café que amarillecía de puro delgado —replicó el otro con sencillez—. Creo que existe un complot entre mi cocinera y tú... No hay, pues, tal hiperestesia. Lo que te digo es cierto como el descubrimiento de América, a menos que el descubrimiento de América sea sólo un símbolo; vengo a regalarte un alma.

—En ese caso explícate.

—Me parece que hablo con claridad, Rafael —el doctor se llamaba Rafael—: un alma es una entidad espiritual, sustantiva, indivisa, consciente e inmortal.

—O la resultante de las fuerzas que actúan en nuestro organismo, como tú quieras.

—No —dijo Andrés con vehemencia—, ¡eso es mentira! Un alma es un espíritu que informa un cuerpo, del cual no depende sino para las funciones vitales.

—No discutiremos ese punto. Concedido que es un espíritu, *et puis après?*

—Te hago, por tanto, la donación de un espíritu.

—¿Masculino o femenino?

—Los espíritus no tienen sexo.

—¿Singular o plural?

—Singularísimo.

—¿Independido de un organismo?

—Independido cuando tú lo quieras.

—Y ese organismo, si la pregunta no implica indiscreción, ¿es masculino o femenino?

—Femenino.

—¿Viejo o joven?

—Joven.

—¿Hermoso o feo?

—¿Y qué te importa, si yo no te regalo un cuerpo, sino un alma?

—Hombre, no está de sobra conocer a los vecinos...

—No debo decirte más. ¿Aceptas el regalo?

—Pero ¿hablas en serio, Andrés?

—Hablo en serio, Rafael.

—Mírame bien.

(Pausa durante la cual ambos "se miraron bien").

—¿De veras no tomaste café cargado hoy?

—De veras.

—Bueno, pues, lo acepto; sólo que...

—No preguntes que no te responderé.

—En ese caso lo acepto sin preguntar; pero... ¿traerías por ventura esa alma en la cartera?

—No, esa alma será tuya mañana.

—¿Otro enigma?

—Otro enigma. Hasta luego, Rafael.

—Hombre, podríamos cenar juntos sin perjuicio de la donación.

—No, no podríamos. Tengo un quehacer urgente.

—¿Relativo al alma?

—Quizá. Hasta luego.

Y después de un cordialísimo apretón de manos los dos amigos se separaron.

La noche avanzaba con lentitud, ahogando en su marejada los últimos lampos en combustión del horizonte.

EL FIN DEL MUNDO

Diarario del doctor:

LUNES 15 DE JULIO. Esteves ha venido ayer a ofrecerme un alma. Me inspira gran inquietud ese muchacho. Tiene delirios lúcidos de un carácter raro. Hace cuatro años que pretende poseer una fuerza psíquica, especial para encadenar voluntades. Afirma que dentro de poco tiempo hará un maniquí sin más cogitaciones y voliciones que las que él tenga a bien comunicarle, de todo hombre a quien mire durante cinco minutos. ¡Es asombrosa la persistencia de su mirada! Sus hermosos ojos grises se clavan como dos alfileres en la médula de nuestro cerebro.

Tiene actitudes de hierofante, se torna a las veces sacerdotal. O está loco o es un capullo de maravilla futura ese poeta.

Abierta la ventana del consultorio, había entrado a la pieza un pedazo de día: de un día canicular, caldeado por el sol.

Doña Corpus asomó por la puerta del fondo sus gafas y su nariz: una nariz que, como la de Cyrano, estaba en perpetua conversación con sus cejas, dos cejas grises bajo el calvario de una frente de marfil viejo.

—Han traído esta carta para usted —dijo.

Y añadió:

—¿Qué hacemos ahora de comer?

—Lo que usted quiera: estoy resuelto a todo.

—Como cada día le veo a usted más desgano.

—Precisamente por eso... Lo que usted quiera: inclusive sesos.

—No sé por qué odia usted los sesos...

—Se me figura que me como el pensamiento de las vacas.

—¡Qué cosas dice usted, señor! Bien se conoce que se va volviendo usted masón. Valía más que se acabara el mundo.

Doña Corpus estaba empeñada en que se acabara el mundo cuanto antes. Era su ideal, el ideal que iba y venía a través de su vida de quintañona sin objeto. Noche a noche, después del rosario, rezaba tres padre-nuestros y tres avemarías porque llegara cuanto antes el juicio final. Y cuando le decían: “Muérase usted y le dará lo mismo”, respondía invariablemente:

—No, sería mejor que muriésemos todos “de una vez”.

Suplicamos al lector que no censure a doña Corpus en nombre de la libertad de ideas que constituye la presea más valiosa de nuestro moderno orden social.

El ama de llaves no conculcaba con su ideal ninguno de los artículos de la Constitución del 57; no vulneraba los derechos de tercero; su proyecto de ley —draconiana sin duda—, a ser legisladora, habríase reducido a esta cláusula:

“Acábase el mundo en el perentorio plazo de 48 horas”.

Pero el mundo, maguer doña Corpus, continuaba rondando al Sol y el Sol continuaba rasgando el éter en pos de la Zeta de Hércules, sin mayor novedad.

Por lo que nadie puso coto jamás al ideal de doña Corpus.

El doctor rompió el sobre de la carta.

La carta era de mujer: una ardua red de patas de mosca un poco menos difícil de descifrarse que las primordiales escrituras cuneiformes.

Decía:

Señor:

Mi amo y dueño ha tenido a bien donarme a usted, y a mí sólo me toca obedecerle. Soy suya, y aquí me tiene, disponga de mí a su guisa. Y como es preciso que me dé un nombre, llámeme “Alda”. Es mi nombre espiritual:

el nombre que unas voces de ultra-mundo me dan en sueños y por el cual he olvidado el mío.

Sin firma.

EL REGALO DEL ELEFANTE

Hay un previo sobrecogimiento cuando nuestro espíritu va a cruzar el dintel de la maravilla.

Nuestro espíritu se dice como los israelitas ante los truenos y relámpagos del Sinaí: “Cubrámonos el rostro, no sea que muramos”.²

El doctor experimentó este sobrecogimiento previo, porque “empezaba a creer” en el conjuro.

Así son todos los escépticos: capaces de admitir hasta la inmortalidad “retrospectiva” del cangrejo y la trisección de los ángulos y el mundo subjetivo de Kant.

No hay “cosa” más crédula que un filósofo.

No erraríamos si dijésemos que al doctor se le alteró la digestión que iba a hacer de los sesos condimentados por doña Corpus, la catasalsas más técnica que pueda darse...

Se le alteró “en potencia, virtualmente”, intuitivamente..., pero se le alteró.

“Bueno —se dijo— y ahora ¿qué hago yo con un alma?”

(El autor de esta historia preguntó en cierta ocasión a una tonta: “¿Quieres un sueño? ¿Me permites que te regale un sueño?”. Y la tonta, la adorable tonta, le respondió con un *esprit* indigno de ella: “Amigo, ése es el regalo del elefante”. Pues lo propio pensó el doctor: “Un alma, pero un alma es el regalo del elefante...”).

“Veamos en qué puedo yo utilizar esta alma: ¿le pediré un afecto, ese afecto exclusivo con que ayer deliraba? Pero si por lo mismo que es mía no puedo exigir de ella más que la sujeción absoluta, y la sujeción absoluta no es el afecto... Las odaliscas del sultán no aman al sultán... Una mujer no ama sino en tanto que es dueña de sí misma, que puede ‘no amar’, no entregarse. Su propia donación es un testimonio de su voluntad, influida si se quiere por una atracción poderosa, pero capaz, cuando menos en el orden de las teorías lógicas, de resistirla.

”A mí se me ha dado un espíritu, le llamaremos así, pero no se me ha dado un afecto”.

Y el doctor cayó en la más parda de las cavilaciones.

“¡Oh! —añadió, porque hablaba solo. Ahora todo el mundo habla solo. Es preciso decirse las cosas en voz alta para que tengan sabor, como afirman algunos autodialogadores o autodiálogoistas—. ¡Oh, si yo pu-

diese realizar con Alda el matrimonio cerebral soñado por Auguste Comte! No hay duda, éste es el solo connubio posible en el porvenir, cuando el maravilloso verso de Mallarmé sea el lema universal:

”‘Helas! la chair est triste et j’ai lu tous les livres’,
‘¡Ay de mí, la carne es triste y yo he leído todos los libros!’.³

”Un connubio así constituiría la felicidad suprema. ¿Por qué agoniza el amor en el matrimonio? Porque poseemos al objeto amado. No poseerlo por un acto generoso de nuestra voluntad, alta y purificada, he aquí la voluptuosidad por excelencia.

”¿Quién será aquel que haga deliberadamente de la mujer una estrella, que la coloque demasiado lejos de sus deseos, volviéndola así absolutamente adorable?

”¿Quién será? ¡Seré yo!... Pero, al obrar de tal suerte, ¿no obro forzado por un deber? Yo no poseo más que a Alda, dado que Alda exista... Si poseyese a la ‘vecina’ de Alda, es decir, a la mujer cuyo espíritu lleva ese extraño nombre, y con abnegada excelsitud la desdeñase para no acordarme más que de ‘la otra’, de la incorpórea, de la preternatural que me ha sido dada, mi sacrificio sería digno de mí...

”¡Ea, ensayaremos!”

Y el doctor pasó a su alcoba, no con el fin de “ensayar”, sino con el de vestirse para hacer sus visitas.

ALDA LLEGA

Mi querido Rafael:

Supongo que Alda se habrá presentado ya, y que estarás contento de mi obsequio. Debo advertirte que bastará un simple acto de tu voluntad para que esa “alma” abandone el cuerpo que anima y vaya a tu lado. Sus facultades adivinativas, maravillosamente desarrolladas, pueden serte de inmensa utilidad en tu profesión. Sólo una cosa te recomiendo: *que no retengas demasiado a Alda fuera de su cuerpo*. Podría ser peligroso. En cuanto a que no procurarás ponerte en contacto con ese cuerpo que anima, seguro estoy de ello. Creer lo contrario sería ofenderte. Yo te he regalado un alma, sólo un alma, y me parece que ya es bastante.

Mañana salgo para Italia, y ésta será, por tanto, mi despedida. Volveré dentro de tres o cuatro años. Adiós. Sé que no te dejo solo, pues que te quedas con “ella”.

Tuyo
Andrés Esteves

Apenas hubo el doctor leído esta carta, cuando encerrándose “a piedra y cal” en su consultorio, llamó a Alda.

Un instante después sintió que Alda estaba a su lado.

El diálogo que siguió fue del todo mental.

Alda saludó al doctor.

—¿Cómo has hecho para venir? —dijo éste.

—He caído en sueño hipnótico.

—¿Y qué explicación darás de él a los tuyos cuando despiertes?

—Vivo sola, sola absolutamente, la mayor parte del día.

—¿En dónde?

—En la celda de mi convento.

—Pues qué, ¿hay aún conventos en México?

—Muchos.

—¿Y cómo se adueñó de ti Andrés?

—Andrés posee facultades maravillosas de que no debo hablar.

—¿Eres la única alma poseída por él?

—Posee muchas.

—¿Y qué hace de ellas?

—Las emplea para ciertas investigaciones.

—¿De qué orden?

—De orden físico y metafísico. Algunas, obedeciendo a su voluntad, viajan por los espacios. Sé de

cierta hermana mía que debe estar ahora en uno de los soles de la Vía Láctea; otra recorre en la actualidad los anillos de Saturno.

—¿Y tú has viajado?

—¡Mucho, mucho! He recorrido seiscientos planetas y dos mil soles.

—¿Y qué objeto se propone Andrés al imponeros esos viajes?

—Perfeccionarnos y perfeccionarse, adquiriendo una amplia noción del universo.

—Di, Alda —y la voz del incrédulo doctor temblaba—, ¿has visto a Dios?

El alma se estremeció dolorosamente.

—Todavía no. Me he contentado con presentirle... Pero dejemos estas cosas; ¿podrías utilizarme en algo?

—Tú misma debes sugerirme en qué.

—Es muy fácil, y Andrés ya te lo sugiere en su carta. Estando yo a tu lado no habrá dolencia que no diagnostiques con acierto, que no cures con habilidad, menos aquellas que fatalmente estén destinadas a matar.

—¿Tanto sabes, Alda?...

—Durante mi sueño hipnótico sí. En estado de vigilia soy una mujer ignorante.

—¿Hermosa o fea?

—No lo sé, porque jamás me he visto en un espejo y nadie me lo ha dicho.

—Pero... en la hipnosis te sería fácil saberlo.

—No quiero saberlo tampoco.

“Convengamos —pensó el doctor— en que esta Alda es maravillosa. Una mujer que no se ha visto jamás en un espejo...”

Y añadió, dirigiéndose a ella:

—Alda, los servicios que me ofreces son inapreciables. Merced a ellos podré hacerme célebre y millonario en poco tiempo... Pero hay una dicha que yo ansío más que la celebridad y los millones... Necesito un cariño: un cariño que hace quince años busco en vano por el mundo —la voz del doctor se conmovió sinceramente—. ¿Podrías amarme, Alda?

Algo como la sombra de un suspiro pasó por los oídos del doctor.

Hubo un instante de silencio.

Después de él, Alda respondió:

—¡Es imposible!

—¿Imposible?

—¡Imposible!

—¿Y por qué?

—Porque el amor radica en la voluntad y yo no tengo voluntad propia.

—Pero ¿si yo te ordeno que me ames?...

—¡Será en vano! Será lo único que no debas ordenarme... Durante mi estado hipnótico dependo de ti

más que el azor de la mano de la castellana,⁴ y por lo tanto mi voluntad es nula. Durante mi vigilia soy otra, otra que sólo pertenece a Cristo...

—Pero ¿Cristo te permite subordinarte a mi voluntad?

—Sin duda..., en sus designios inescrutables.

—¡Oh, ámame!

—¡Imposible!

El doctor sintió que empezaba a flotar en su espíritu una nube de angustia... ¡infinita, infinita, infinita!

—¡Alda! —añadió con voz profundamente triste—. ¡Alda! ¡Si tú me amaras, tu nombre sería tan dulce para mí como un elogio en la boca de un maestro; “como un vocablo del patrio idioma escuchado en suelo extranjero!”... Mas presiento que voy a adorarte locamente y que mi adoración será mi locura.

—¡Quién sabe! —murmuró Alda—..., ¡quién sabe!

LOS PERIÓDICOS, ETCÉTERA

Recorte de un periódico de gran circulación, del año de 1886, año en el cual no había aún entre nosotros periódicos de gran circulación:

No se habla en la ciudad más que de las maravillosas curaciones realizadas por el doctor Rafael Antiga, una de nuestras eminencias médicas. Sus diagnósticos son de una admirable lucidez y sus fallos inapelables.

El doctor rehúsa encargarse de la curación de aquellos a quienes pronostica la muerte; mas no mediando tal pronóstico, el enfermo que pasa por sus manos sana “sin excepción”.

El consultorio del doctor, calle de Medinas número..., vasto como es, apenas alcanza a dar cabida al sin número de enfermos de todas las clases sociales que lo invaden.

Hay quién afirma que nuestro galeno echa mano de agentes hipnóticos, hasta hoy desconocidos, para sus curaciones. Sea como fuere, sus pronósticos son inexplicables por su infalibilidad.

El doctor Antiga se hará millonario en breve tiempo, recorriendo el mundo para hacer curaciones en casos desesperados.

Sabemos que pronto saldrá para Europa.

—Alda, para los espíritus no hay distancias. ¿Podrías acudir a mí si te llamase desde París?

—Si me llamas desde Sirio acudiría con la misma rapidez...

—Alda, tú eres mi Dios, tú eres mi todo..., ¡ámame!

—¡Imposible!

—Te adoro...

—¡Imposible!

—Padezco mucho...

—¡Imposible!

Traducción de un *entrefilet* aparecido en marzo de 1887 en *Le Journal* de París:

Hace una semana que llegó a la metrópoli, alojándose en el Grand Hotel, el facultativo mexicano *monsieur* Rafael Antique —error de caja en el apellido Antiga—, el cual se ha hecho notar por sus diagnósticos precisos, infalibles y por lo acertado de sus procedimientos terapéuticos. El jueves último, en una sesión efectuada en la Salpêtrière, a la cual concurren varias eminencias médicas, diagnosticó más de veinte casos raros, que le fueron presentados al efecto, y prescri-

bió tratamientos cuyos resultados han sido pasmosos por su rapidez.

El doctor Antique —Antiga— es un hombre de treinta años, alto, ligeramente moreno; lleva la barba “a lo príncipe de Gales”; viste con suma elegancia, “no obstante ser americano”, y no trae los dedos cuajados de sortijas. Antes de diagnosticar un caso, se abstrae profundamente, como si dentro de sí mismo consultase a “alguien”, y por sus hermosos ojos negros pasan infinitas vaguedades. Parece un faquir en éxtasis. Hay quien dice que es un judío poseedor de los secretos de Salomón; por supuesto que no es médico el que esto afirma..., *cela va sans dire*.

El *entrefilet* continúa en tono de *blague*:

Doctor Antiga's Wonders.

Título de un *entrefilet* del *Times*, de Londres, en el cual se loa hasta la hipérbole (no reñida con la flema característica de John Bull) al “famous mexican doctor”, por sus curaciones “Truly Wonderful...”.

Y basta de prensa.

Así, los periódicos que ven la luz rojiza del sol boreal de seis meses —un sol enorme, que parece dar su mamila de fuego a la luna—, como los que salen a

la luz llameante del trópico; lo mismo los espirituales diarios latinos, que en cuatro páginas dicen cuanto hay que decir y “algo más”, que los “protocolos” americanos, que en dieciséis páginas suelen no decir nada, se ocuparon durante los años de 1886 a 1890 del facultativo mexicano, honra de este país inédito, en particular, y de la América Latina —tierra clásica de los pronunciamientos—, en general.

En 1890, el lector, si le place, tornará a encontrar al doctor en las circunstancias que en seguida se expresan.

SOR TERESA

Rafael acababa de tratar un complicado caso de histeria en una gran dama de la corte moscovita, de apellido “erizado de efes” y, recluso en el gabinete de su villa —gran villa y gran gabinete—, a la luz de cuatro focos incandescentes que caricaturizaban al día y burlaban a la noche en la vasta estancia tapizada de seda verde nilo y amueblada suntuosamente, conversaba con Alda.

No hay hombre que no se familiarice con el prodigio, lo mismo Moisés que un sacristán de pueblo; y el doctor asistía ya sin pasmo, sin asombro, sin miedo, a la epifanía frecuente de aquella alma que de un hemisferio acudía al otro al simple llamado mental de su dueño.

Se empieza por retroceder ante el abismo y se acaba por “tutear al abismo”. A fuerza de cabalgar en Alborack se pierde el miedo a Alborack.⁵

Rafael podía decir con verdad: “El prodigio y yo somos amigos íntimos”.

Cuatro años de triunfo, cuatro años de exhibición, de teatralismo médico —el énfasis y el teatralismo

son indispensables en el mundo aun a los verdaderos sabios—, habían hecho de él una celebridad universal.

Enloquecido y embriagado por los honores; deslumbrado por el halo de prestigio que coruscaba en su cabeza; seducido por las rojas bocas que dondequiera le sonreían, por las acariciadoras pupilas que encendían toda la pirotecnia de sus miradas para deslumbrarle; por los hombros blancos y las manos blancas, azuleantes de sangre patricia, ¡cuán poco pensaba el hermoso galeno, en que allá, muy lejos, en la vieja ciudad de los reyes mexicas, en la celda dismantelada de un convento colonial, una mujer joven y... acaso bella, por su causa dormía luengas horas un sueño misterioso que en el convento se llamaba éxtasis y traía intrigados a la comunidad, a la superiora, al capellán, al arzobispo y a media docena de “damas distinguidas de México”, que habían tomado bajo su protección a las “ovejitas de Dios”, poniendo entre ellas y las Leyes de Reforma un misericordioso valladar de silencio y de disimulo!

La monja, que en religión se llamaba sor Teresa y en el siglo no tenía nombre, había aparecido un día en el locutorio de la casa, con una recomendación para la priora, suscrita por un padre de moda, y un bulto con humildes prendas de ropa bajo del brazo.

¿De dónde venía? No supo decirlo. Era casi idiota. Dificilmente enhebraba dos palabras; pero sus inmen-

sos ojos oscuros hablaban por ella con miradas de una dulzura y de una extrañeza infinitas. Aquellas miradas no eran de este mundo, “venían de una patria lejana”.

Las religiosas la amaron y procuraron instruirla en las cosas de Dios, pero aprendió poco de “esas cosas”; estaba “ida”.

Clasificáronla con el brevete monástico de un sor seguido de un nombre: el de la fundadora de la orden, la maravillosa iluminada de Ávila —docta y alta mujer que floreció en un docto y alto siglo—, y dejaron que corriera en paz por el monótono cauce de la regla y de las liturgias aquella vida que no era vida.

Mas si sor Teresa no sabía hablar, sí sabía estar en éxtasis. Sus deliquios, al principio raros, hiciéronse frecuentes y llegaron a ser comunes desde el día en que Esteves donó al doctor el alma de la joven.

Las monjas estaban edificadas. Un viejo fraile que vegetaba en la sacristía de Santo Domingo, amortajado en su hábito de golondrina, fue consultado por la superiora; gran teólogo y experimentado en los secretos de la mística era, y aseguró, tras laboriosa observación y técnico examen, que los éxtasis de aquella religiosa eran de carácter bueno y no diabólico: Dios los permitía para glorificación de su sierva y provecho de la comunidad y la comunidad debía holgarse de

que Dios fuese glorificado en sor Teresa, y sor Teresa glorificada en Él y por Él.

La priora, oída esta definición ex cátedra, murmuró un jesuítico *ad majorem Dei gloriam*; la comunidad respondió amén y la religiosa continuó durmiendo su sueño en el sitial de roble y de vaqueta de su celda... pero adelgazando..., adelgazando; palideciendo..., palideciendo, en tanto que el doctor se coronaba de gloria y que el poeta Andrés Esteves recorría la tierra, seguido del cortejo de espíritus encadenados a su poder, como Orestes con su perenne séquito de Euménides.

Pero aquella noche el doctor estaba triste. Hallábase en uno de esos momentos de lucidez en que César se acuerda de que es mortal⁶ y en que Salomón, vestido de pompa, murmura: “Todo es vanidad”.⁷

Ahora bien, cuando el doctor se acordaba de que “todo es vanidad”, sentía la nostalgia de los “afectos”. Se reputaba aislado en medio del infinito. Se sentía huérfano y abandonado a las sopas de sesos de doña Corpus, que le seguía por dondequiera con una legión de pinches de cocina a su servicio, cada día más contenta porque cada día se acercaba el fin del mundo y el subsecuente juicio final.

Aquella noche Alda había murmurado ya tres veces al oído de Rafael —decimos “al oído” para mayor claridad—: “Ya es tarde, es preciso que torne a mi celda”.

Pero el doctor le había respondido:

—No, aguarda aún, aguarda.

Y Alda aguardaba.

—Dime —insinuó el doctor—, ¿no hay medio alguno de que me ames?

—No hay medio alguno.

—Pero... ¡ten piedad de mí! Me estoy volviendo loco. ¡Es horrible esta sujeción tuya, esta implacable sujeción tuya, sin “una gota” de amor! —para Rafael el amor, como los venenos medicinales, solía ser asunto de gotas.

—No puedo amarte..., ¡bien lo sabes!

—Y sin embargo, es necesario que me ames, ¿lo oyes?, ¡es necesario!

—Es necesario e imposible, en ese caso.

—Alda —y el doctor agitaba sus brazos en el vacío como si quisiera asir a aquel espíritu rebelde al amor y dócil al mandato, que estaba siempre a su lado sin voluntad... y sin cariño—, Alda, pactemos esta noche... Yo renunciaré a mis riquezas y a mi fama. Daré las primeras a los pobres y confinaré la segunda en el refugio más distante y más discreto de la tierra. Dejaré mis sueños como se deja un harapo azul que ya no sirve. Haré lo que tú quieras... Renunciaré aun a ver jamás el cuerpo que te sirve de cárcel... Pero tú, en cambio, serás mía, vendrás a mí como la esposa acude al reclamo del

esposo; te amaré cuando estés conmigo, en alta contemplación y en impecable ensueño; te buscaré cuando estés lejos, con la angustiosa perplejidad del personaje de Hoffmann que había perdido “su sombra”.⁸ Vendrás a mí cuando tú quieras y mi alma te dirá siempre “¡bienvenida!”... ¿Quieres? ¡Ah! ¡Quiérello por el amor de Dios! ¡Quiérello en nombre del destino enigmático que nos ha unido!... ¡Quiérello y seré bueno!, ¡seré creyente!, ¡seré humilde!... ¡Tè amo! ¡Tè amo! ¡Tè amo!

Y transfigurado por la angustia, que es el tabor de los espíritus, el doctor se había arrodillado sobre la gruesa moqueta de la estancia.

Alda “suspiró” una vez más y una vez más murmuró:

—¡Imposible!

El doctor entonces, merced a una transición muy explicable —el que esto escribe se la explica cuando menos—, se puso en pie y, con ademán y gesto de personaje de novela, dijo secamente a Alda:

—¡Vete!

Luego, roto, despedazado por la emoción —mala traducción de *brisé par l'émotion*—, se dejó caer sobre un diván, exactamente como las mujeres que se desmayan.

Mas he aquí que tres minutos después “sintió” de nuevo la presencia de Alda, que “por primera vez” acudía sin ser llamada.

—¿A qué vienes? —preguntó Rafael.

—¡Sor Teresa ha muerto!

—¿Y quién es sor Teresa?

—Sor Teresa soy yo...

—¡Ha muerto!

—Recuerda que no debías retenerme mucho tiempo a tu lado y que hace veinticuatro horas que no te abandono...

—Pero... ¡esto no debe ser! Torna a ese cuerpo y animalo.

—¡No puedo! Mi cuerpo ha sido sepultado...

—¡Sepultado! —clamó el doctor en el colmo de la estupefacción.

—Sepultado... y está desorganizándose ya.

—¿Y ahora...? —gimió Rafael.

—¡Y ahora...! —gimió Alda.

Y “ahora”, el autor da remate al capítulo séptimo de esta “cosa” que va formando un libraco cualquiera.

¿Y AHORA...?

Alda y el doctor se encontraban en una situación análoga a la de dos niños que han roto un plato.

—¿Y ahora? —tornó a preguntar el segundo.

—¡Y ahora! —tornó a exclamar la primera.

La angustia y la perplejidad de aquel hombre y de aquella “mediamujer” crecían como el horror con la sombra.

Si doña Corpus se hubiera encontrado presente en tan inefable pena, habría murmurado:

“¡Valía más que se acabara el mundo!”.

Pero doña Corpus mascullaba padrenuestros en su habitación, pidiéndole a Dios que la conservase en su gracia santificante, en medio de las tierras de he-rejes por donde el doctor la traía al garete como a una pobre barca desarbolada.

—Es preciso que yo encarne en alguien —dijo por fin Alda—, o que me marche resueltamente a la eternidad...

—Pero ¿en qué cuerpo voy yo a encarnarte ahora, mujer?

—En cualquiera, es preciso; ¿te imaginas que he de permanecer flotando en el vacío hasta que te plazca? Además, mi hora no ha llegado. Dios no me llama todavía. He muerto por un accidente imprevisto... No hay puesto para mí en el infinito...

—Pero yo no tengo manera de fabricarte un cuerpo... y, en cuanto a los fabricados por la naturaleza, todos tienen alma...

—¡No lo creas! Busca una mujer hermosa, vana e idólatra de sí misma, y de seguro podré encarnar en ella.

—¡Magnífica idea! Mas ¿dónde hallarla?

—¡Eso abunda! ¡Vamos, búscala, luego, inmediatamente! ¡Tengo frío, el frío de ultratumba, el frío “de un gusano sobre un muerto”! ¡Tén piedad de mí! ¿No dices que me amas? Ahora yo también puedo amarte, como nadie te ha amado... Sor Teresa ya no existe. Soy dueña de mi voluntad y por tanto de mis cariños. Te adoraré con la adoración que has soñado en tus años de soledad y de vacío moral... ¡Vamos, en nombre de ese amor de que estabas sediento, dame un cuerpo, un cuerpo que animar, o habré de abandonarte para siempre!

El doctor se rascaba la cabeza, ni más ni menos que todos los hombres que se encuentran en trances tan apretados como el suyo...

En aquellos momentos el gran péndulo de la pieza cantó las dos de la mañana con inflexiones robustas y solemnes.

—¡Las dos!... —murmuró Rafael—. Pero tú comprendes que a esta hora y con el frío que hace, invierno de Rusia, ¿es imposible que encuentre “una mujer hermosa, vana e idólatra de sí misma”? Todas duermen...

—Y sin embargo, es preciso que la encuentres... luego, luego, ¿lo oyes? Siento que se aproxima una gran sombra y que intenta envolverme en sus pliegues... ¡Tén lástima de mí!..., ¡ah!

—¡Alda!

—¡Rafael! ¡Rafael!

—¡Alda!

—¡Es imposible!

—¡Es indispensable!

El viento se enredaba en los abetos lejanos, sollozando un *lied* del Norte.

Dormía todo envuelto en un silencio blanco...

De pronto:

—Oye, Rafael —sollozó Alda—, no hay tiempo que perder. La gran sombra se aproxima. Sólo un recurso me queda y voy a echar mano de él.

—¿Y ese recurso?

—No te lo diré. Mas es preciso que duermas.

—¡Que duerma!

—Que duermas... Es el solo medio de salvarme.

—¡Explícate!

—¡No debo! ¡Si me amas, duerme!

—¿Estás segura de que así te salvo?

—Plenamente segura.

—Pero...

—¡No repliques, por Dios! ¡Duerme! ¡Duerme!

El doctor fue a buscar un pomo de narcótico, puso algunas gotas en un vaso mediado de agua y bebió el contenido.

Momentos después se recostaba en el sofá y caía en un profundo letargo.

Lo que pasó entonces es breve y obvio de decir.

Alda, con una sutileza del todo espiritual, encarnó en el hemisferio izquierdo del cerebro del doctor, dejando confinado el espíritu de éste en el hemisferio derecho.

Y cuando Rafael despertó, ya entrado el día, merced a un caso único desde que el mundo es mundo, tenía dos almas...

YO Y YO

Desde el conde Xavier de Maistre hasta Lindau, y antes y después de ellos, muchos filósofos han hablado de ese áter ego que forma con nuestro yo una dualidad extraña, que pugna con él a las vegadas y a las vegadas a él se une en maridaje íntimo; que ama con más frecuencia el debate que la armonía y que parece usufructuar alternativamente con la individualidad primitiva, las células del cerebro.

Todos sentimos en nuestra conciencia a esos dos “personajes” que se llaman “yo” y “el otro”.

Todos escuchamos sus diálogos, sus controversias, sus querellas. Suelen besarse con efusión y suelen también, como los matrimonios mal avenidos y mal educados, “tirarse con los platos”.

Pero de fijo ningún hombre ha sentido jamás con tanta precisión y de un modo tan abrumador la presencia de esos dos “principios pensantes” como el doctor al levantarse.

¡En su cerebro había algo inverosímil! Había dos “entendimientos” y dos “voluntades” al propio tiempo...

Recordando la escena de la noche anterior e inquieto por su desenlace, el “hemisferio derecho” de Rafael pensó:

—¿Y Alda?, ¿qué ha sido de Alda?

Y el “hemisferio izquierdo” respondió:

—Aquí estoy.

El “hemisferio derecho” se sobrecogió entonces de espanto, comprendiendo lo que había pasado... ¡Estaba perdido, perdido para siempre!

—¡Qué va a ser de mí! —dijo.

—Lo que Dios quiera —replicó el hemisferio izquierdo—. Por lo pronto, yo me siento feliz, “bien hallada”.

—Bien “hallado”, debieras decir —afirmó con retintín el hemisferio derecho.

—¡Y por qué!

—¡Porque pertenezco al género masculino!

—¡No, por cierto, pertenecerás a medias!

—¡Soy hombre!

—¡Soy mujer!

—Pero entonces —dijo con infinita desolación el hemisferio derecho—, ¡qué va a ser de nosotros! ¡Éste es un caso de hermafroditismo intelectual!⁹

—Mejor que mejor... Mira, todos los dioses antiguos —y esto lo acabo de saber merced a los conocimientos que “nuestro cerebro” posee sobre el particu-

lar— han comprendido el principio masculino y el femenino. Por su parte los poetas, que son los seres más semejantes a los dioses, tienen en sí ambos principios. La virilidad y la delicadeza se alternan y se hermanan en su espíritu.¹⁰ ¿Por qué aman las mujeres a los poetas? Porque reconocen en los poetas “algo de ellas”... ¿De qué te lamentas, pues? Eras sabio, eras joven, eras bello, eras célebre y rico; hoy eres algo más: eres casi un dios...

El doctor —o mejor dicho, su hemisferio derecho— se sintió halagado y no replicó.

Hubo una pausa en el departamento.

—Pero —insinuó después Rafael—, yo te amo y...

—¡Y qué!

—Al amarte va a ser inevitable que yo me ame a mí mismo.

—Cierto; mas ¿te disgusta, por ventura, esta forma del amor?

—Me parece rara simplemente.

—No lo creas... El hombre en realidad al amar a una mujer no ama en ella más que lo que él le da de ilusión, de belleza... Los iris de que la colora, la túnica de jacinto de que la viste, el segmento de luna de que la corona... Se ama, pues, a sí mismo amándola a ella, y deja de amarla cuando la ha desnudado de aquel atavío con que la embelleció primero... En cuanto a la

mujer, ésa “se enamora del amor que inspira”, esto es: de sí misma también. Conque ¿dónde está la extrañeza?...

—¡Bien discurre, Alda!

—Discurro con tu cerebro, Rafael. Ahora ya no sé más que lo que tú sabes... puesto que ya no floto en el infinito...

—¿Y me amas?

—Te adoro...

—¡Dame un beso!

—Tómalo.

Y el doctor “se dio” un beso... mental. (¿Cómo besarse de otra manera? ¡Sólo las mujeres saben besarse a sí mismas en los labios, a través del mar tranquilo del espejo!).

DIGRESIONES

Si Napoleón no hubiese vacilado una hora en Waterloo, no habría sido vencido.

Un solo instante de vacilación en los momentos solemnes de la vida tiene resonancias formidables.

El doctor vaciló ese instante, cuando Alda le conjuraba a que buscase un cuerpo en que encarnarla, y las consecuencias fueron fatales.

Hay que decirlo, aun cuando el lector “pierda la ilusión” por el héroe. Rafael Antiga era un filósofo, lo peor que se puede ser en este mundo.

La naturaleza, que bien pudo darle una verruga o un lobanillo, tuvo a bien dotarle de una bien calibrada cavidad craneana, repleta de sesos de calidad, y ahí estuvo el mal.

De otra suerte el doctor habría poseído una noción exacta de la existencia; habría sido un hombre práctico; habría esquivado las relaciones con Andrés —el desequilibrado más genial que se haya visto en México—, y Alda no estaría donde estaba, ocupándole, sin pagar renta, la mitad del cerebro.

Pero Dios ordenó las cosas de distinto modo y Rafael, que pudo ser un hombre de provecho para la humanidad: abarrotero, *calicot*, prestamista, licenciado, empleado, *clubman* o algo por el estilo, desde muy temprano se engolfó en los libros, se vistió de teorías, viajó por Utopía y, cuando estaba al borde del abismo, Andrés le hundió en él, como Miguel a Satán.¹¹

Andrés y Rafael fueron condiscípulos. Como eran los únicos cerebros destorrentados en la escuela, se comprendieron luego.

Andrés era pobre y Rafael era rico.

Andrés era poeta y Rafael era filósofo.

Andrés era rubio y Rafael era moreno.

¿Sorprenderá a alguien que se hayan amado?

Sin Rafael, Andrés se hubiera quedado por algún tiempo en la sombra, pero Rafael le hizo surgir a la luz. Le editó un libro que se intitulaba *El poema eterno*, y el cual fue traducido al francés, al inglés y al alemán, y se vendió en todas partes y en todas partes fue conocido, menos en México, donde sirvió de hipódromo a las moscas en los escaparates de Bouret,¹² de Budin¹³ y de Buxó¹⁴ —las tres *bes* de donde, como de tres pares de argollas, se ase la pobre esperanza de lucro de nuestros autores.

No contento con esto, Rafael editó un segundo libro de Andrés: *El reino interior*, novela simbolista que

Beston publicó —*according to the spanish edition*—, estereotipada y en tomos muy feos, pero que circularon por todo el orbe.

Pronto Andrés escribió en español, como escribe Armando Palacio Valdés: para dar pretexto a que lo tradujeran al inglés y al francés.

Los yanquis le pagaban a peso de oro —*american gold*— sus cuentos, sus novelas, sus artículos, y fue célebre sin que México, que estaba muy ocupado en las obras del desagüe, se diese cuenta de ello.

Dice Bourget, tomándolo de no sé dónde, que por raro que sea un amor verdadero, es más rara aún una verdadera amistad.

La de Rafael y Andrés constituía una de estas rarezas.

Andrés vivía dedicado a la literatura y al ocultismo —había nacido para el ocultismo como Huysmans, como Jules Bois, ¿como Péladan? ¡No, como Péladan, no!—¹⁵ y dizque obtenía resultados maravillosos. En algo se había de distraer el pobre en esta gran casa de vecindad que se llama México.

Rafael vivía dedicado a la “filosofía de la medicina” (?), a esperar un alma de mujer que no venía nunca —¡hasta que vino!— y a escribir en su diario periodos humorístico-pesimistas, salpicados de la con sabida frase, parodia de la de Ricardo III en la derrota

de Bosworth: “My Kingdom for a... soul”. “Mi reino por un... alma”.

¿No habían de comprenderse los dos?

Claro que sí.

Y se comprendieron.

Mas, como “quien bien te quiere te hará llorar”, Andrés iba a hacer llorar a Rafael —o mejor dicho, al hemisferio derecho del cerebro de Rafael— lágrimas de sangre, como verá quien siga leyendo.

Hay regalos que no se hacen impunemente. No se puede jugar con el rayo; no se puede bromear con el milagro...

Alda era un tremendo obsequio —“Aquella a quien jamás debe uno encontrar”—. Más tremendo que el fin del mundo, imaginado por doña Corpus...

Y basta de digresión.

LUNA DE MIEL

No hay manera de expresar el contentamiento y deleite de los dos hemisferios del cerebro del doctor.

¡Se amaban! ¡Y de qué suerte! ¡Como a nadie que no sea Dios le ha sido dado amarse en toda la extensión de los tiempos y en toda la infinidad del universo mundo!

¡El doctor era, en efecto, como un dios! Se amaba de amor a sí mismo; con la placidez nipona con que Buda contempla su abdomen rotundo, así el doctor se contemplaba a pesar de no ser nipón.

Todo el universo estaba dentro de él, estaba en su cerebro. Su cerebro era un huerto cerrado, donde Adán y Eva —Rafael y Alda— se besaban continuamente,¹⁶ perdonando ustedes este antropomorfismo y otros en que ha incurrido y habrá de incurrir el autor.

¿Quién no es dichoso a raíz de matrimoniado?

¡Ah, los poetas no soñaron jamás una fusión más íntima de dos seres!

¡Ser un mismo cuerpo con dos almas! ¡Tener en sí a la amada, en sí poseerla! ¡Acariciarla, acaricián-

dose!... ¡Sonreírla, sonriéndose..., glorificarla, glorificándose!...

Cierto, algunas veces, tales y cuales miserias fisiológicas ruborizaban al doctor por ministerio de su semicerebro.

—¡Qué pensaré Alda de mí en estos momentos! —se decía.

Mas reflejaba para su consuelo que Alda también, en su primer vida mortal, habíase visto sujeta a tales miserias, triste patrimonio de la mezquindad humana; que aun ahora tomaba parte en ellas, y así el rubor se paliaba un poquillo.

Naturalmente, donde empezó el amante correspondido acabó el augur profesional. El doctor envió a paseo a las alturas serenísimas de apellidos “erizados de efes”; a las Teodorovnas, Alejandrovnas y demás “ovnas” eslavas; anunció oficialmente que no curaba más —¿y cómo hubiera podido curar si se había “comido” al oráculo? Alda en su cerebro ya no poseería, en adelante, más conocimientos que los en ese cerebro almacenados—, y confinó su vida en las cuatro paredes de su estudio, mientras que la primavera traía para su idilio más hermosos escenarios.

La primer semana de aquel extraño connubio se pasó en conjugar el verbo *amar*, y no sólo mentalmente sino que también con los labios.

Para esto Alda y Rafael se alternaban en el uso de “su” boca.

—¡Te amo! —decía ésta movida por la mitad del cerebro que correspondía al doctor.

—¡Te adoro! —respondía la misma por orden y virtud del hemisferio izquierdo.

Y así “ambos” podían escuchar la inflexión acariciadora de sus “propias” frases.

Los primeros días era tal la vehemencia de sus protestas, juramentos y promesas, que solían uno y otro “arreatarse la palabra”, es decir, arreatarse el órgano vocal que la emitía; pero después (¡ah, por muy breve tiempo!) los diálogos fueron más perfectos, más reposados, ganando en unción lo que perdían en ímpetu.

Cuando Alda hablaba sabía extraer de aquella garganta viril inflexiones musicales en que se revelaba la mujer; y era un encanto “oírse” entonces, sobre todo porque las locuciones de que ella echaba mano eran aquellas de que el doctor hubiese echado mano en “su” caso; las que él puso en sueños tantas veces en los labios de una mujer adorada.

El español surgía fluido y acariciador, con todas las melodías de los diminutivos mexicanos, con toda la expresión de los superlativos, con toda la opulencia de los verbos; y si resistimos a copiar uno de esos eróticos

parlamentos, uno de esos tiernos paliques, es porque siempre hemos creído que los diálogos pasionales no deben escribirse sino con notas en el pentagrama, para que los digan los violines y las violas, las flautas y los oboes divinos, las maderas y los latones, en medio de la sinfónica pompa de los grandes motivos orquestales. ¡Lo demás es un escarnio y una profanación!

Hay un proloquio ruso que dice —lo citaremos ya que el doctor en Rusia vive—: “Llevar un gato en el corazón”. ¿No has llevado alguna vez “un gato” en el corazón, lector pío y discreto? ¿Algo que te araña sin piedad día y noche todas las fibras delicadas de la más noble de las entrañas?

Pues, haz de cuenta que el doctor —las dos personas que había en el doctor— llevaba en su corazón lo contrario de un gato.

—¿Un ratón?

—¡Ah, no!, algo muy hermoso... ¡Vamos, llevaba un ave del paraíso, que podrá no ser lo contrario de un gato, pero que es un ave casi divina!

Lo único que lamentaba Rafael era que Alda no recordase nada de su vida terrestre, de su oscura y misteriosa adolescencia y de su retiro conventual, durante el cual pasó como un ensueño por la penumbra de sueño de los claustros. Tal fenómeno, muy explicable atendiendo a que la fantasía no es potencia del alma

sino una facultad material que se queda en la tumba, impedía ciertas reminiscencias que hubieran dado una nota de tenue y simpática tristeza a aquel idilio “subjetivo”. Alda no podía recordar sino con la memoria del doctor; mas esto que excluía el matiz melancólico de las reminiscencias de sor Teresa, excluía también los celos retrospectivos, que son los peores celos que pueden darse, y ¡váyase lo uno por lo otro!

DIVAGACIONES INTERPLANETARIAS

Pero si no recordaba ni su juventud ni su adolescencia en la Tierra, sí podía discurrir acerca de sus frecuentes y largos viajes por el cielo, y oír la hablar de estas cosas era imponderable embeleso e indecible solaz.

Refería su viaje a los mundos de nuestro sistema solar:

A Marte, donde la atmósfera es sutil y purísima, donde la leve densidad permite a los seres que lo habitan el divino privilegio del vuelo; donde la vegetación es roja y los mares de un lila prodigioso; donde existen maravillosas obras de canalización para comunicar los océanos y llevar el agua, proveniente del deshielo de los polos, por todo el haz del planeta; donde la humanidad, más hermosa y perfecta que la nuestra, ha resuelto ya todos los problemas sociales y religiosos que aquí nos preocupan y adora a Dios “en espíritu y en verdad”.¹⁷

A Júpiter, donde la naturaleza apenas pasa por sus primeras crisis geológicas; donde los mares turbulen-

tos, de que más tarde ha de surgir la vida, cuajan archipiélagos de algas que a poco desaparecen; y se encrespan y se agitan, furiosos de no hallar para lamerlos con caricia infinita ni los cantiles de una roca ni las arenas de una playa...

A Venus, donde es todo verde, un verde que abarca inmensa gama de matices; donde el hombre surge apenas, velludo y atleta, y labra el sílex a la sombra de las grandes cavernas hospitalarias, y pelea sin descanso con los monstruos primordiales...

A Neptuno, donde la humanidad es aún más civilizada que en Marte; donde el hombre ama al hombre “como a sí mismo” y Dios se manifiesta a sus criaturas por medio de signos de la más alta poesía y de la más sutil delicadeza.

A Saturno, donde el cuerpo, antes mortal, se ha simplificado y refinado hasta poderse contemplar, a través de sus carnes transparentes, el fuego lejano y tembloroso de las estrellas; donde las moradas son de aire sólido de un suave tono de turquesa; donde los poetas y sus amadas vagan a la luz de innumerables lunas y de varios halos concéntricos hechos de fluidos multicolores y que ostentan todos los tonos del iris; donde la luz ultravioleta es un agente acumulado en todas partes y encadenado al servicio de la civilización.

A Selene, donde la humanidad, después de alcanzar el máximo del perfeccionamiento a que estaba destinada, se extinguió lenta y dulcemente, afocando en vano sus inmensos telescopios hacia la Tierra para enviarle un saludo que la Tierra —estremecida aún por gigantescas convulsiones plutónicas y ayuna de vida animada— no podía, ¡ay!, recibir...

Refería también sus excursiones maravillosas a través de los soles, como a través de un joyero, de indescriptibles piedras preciosas: a Andrómeda, donde una estrella rubia gira en rededor de una estrella de esmeralda, alrededor de la cual gira a su vez un sol azul, un sol de ensueño; al Cisne, donde Albires muestra el milagro de dos soles, amarillo el uno, azul oscuro el otro; al Delfín, donde un sol color de topacio gira alrededor de un indefinible astro verde... A las estrellas de Hércules, hacia donde va nuestro sistema planetario... en pos de un misterioso destino... A los soles blancos, que son la juventud del cosmos; a los soles amarillos, que son la madurez; a los soles rojos, que son la ancianidad..., a las nebulosas, que son la esperanza...¹⁸

Ya verán por lo dicho, aun los menos poetas de nuestros lectores, que los departamentos de Alda y el doctor eran de aquellos que absorben, que subyugan, que arrebatan, sin dejar un instante para acordarse de las tristes miserias de la Tierra.

San Pablo abordó el séptimo cielo y, según afirma, “ni el ojo vio ni el oído oyó”,¹⁹ ni es capaz la mente de aquilatar lo que en él se contiene para futura recompensa del justo.

Alda, más feliz que san Pablo, había recorrido seiscientos planetas de cuarenta sistemas..., había bañado su plumaje invisible en las luces cambiantes de Sirio y, en los fulgores rojos de Aldebarán, había empolvado sus alas en el polvo de oro de la Vía Láctea; había enviado un beso a cada una de las constelaciones geométricas que ruedan en el éter, arrancándole vibraciones de una música formidable y augusta...

Porque en el universo todo canta. Nada se desplaza sin producir una vibración en ese fluido imponderable que invade el espacio; ni el grano de arena que resbala del montículo levantado por la hormiga, ni el Sol que boga por la eterna línea de su órbita parabólica.

“Los cielos cantan la gloria de Jehová” —dice el salmista.

Y esa gran sinfonía de los mundos, ese gigantesco orfeón del infinito, Alda lo había oído. Sentíase saturada aún de su armonía divina y llenaba de ella el espíritu de Rafael...

Y Rafael enloquecía de ventura.

DESCENSUS AVERNO

Hasta la hora y punto en que el lector ha contemplado —tal vez con ojeriza y con envidia— el maravilloso idilio de Rafael, éste podía decir respecto de Alda lo que en el libro de la Sabiduría se dice: “Venerunt autem mihi omnia bona pariter cum illa”. “Todos los bienes me vinieron con ella” (7:11).²⁰

Riquezas, esto ya era algo.

Fama, esto era algo más.

Amor, esto ya era mucho.

Fe..., ¡esto era todo!

En efecto, el doctor se volvía creyente.

En un tiempo —¡qué médico no es un poco materialista!— se había complacido en decir y escribir como Ingersoll, el asendereado ateo yanqui,²¹ y en un estilo lleno de énfasis e indigesto de dogmatismo: “El hombre es una máquina en la cual ponemos lo que llamamos alimento y que produce lo que llamamos ideas. ¡Pensad en aquella maravillosa reacción química en virtud de la cual el pan fue trocado en la divina tragedia de *Hamlet!*” (*The Gods*, p. 47).

Mas ahora Rafael creía en el alma individual, consciente, espiritual e inmortal —¿cómo no creer en ella?— y sólo pedía a Dios que aquel milagro que se había dignado operar en su cerebro no cesase hasta la muerte y que el amor que glorificaba su vida, como lámpara de Pritaneo, nunca jamás hubiese de extinguirse.

Empero no fue así.

Las lunas de miel, por más que sean tan excepcionales como la de “nuestro héroe” (cliché que todos los novelistas usan para designar al personaje principal de sus novelas), tienen su cuarto menguante y su conjunción.

La del doctor los tuvo, por tanto, y muy en breve.

Las diferencias entre Alda y él surgieron a propósito de una nadería, como surgen todas las diferencias en el seno del matrimonio, que, al decir de Byron, procede del amor, como el vinagre del vino.

Alda, según Rafael, no le dejaba “meter baza”.

Cuando reclamaba la boca, la única boca que ambos poseían, solía dar tan buena cuenta de ella que tres horas después aún hacía uso de la palabra. Como tenía tanto que contar, el trabajo era que empezara...

Cierto, sus conversaciones eran siempre cautivadoras, capaces de suspender de sus labios al auditorio más esquivo, pero a la larga, el propio Mirabeau y el propio Gambetta fatigan.²²

Por otra parte, el doctor era filósofo y, como todos los filósofos, gustaba de ser oído, necesitaba “público” y Alda era un “público” impaciente, que no aguardaba sino la más ligera pausa para convertirse en orador.

En un parlamento habría sido inapreciable.

Al principio Rafael, por galantería, le cedió la palabra cuantas veces quiso; mas después fue preciso llegar a un convenio, dividiéndose por mitad las horas en que podían hablar. Empero Alda fue la primera en romper el convenio y la entente, cordialísima hasta entonces entre ambos, se agrió sobremanera.

Por otra parte, Alda era absorbente y caprichosa en todo: ¡mujer al fin!

Cuando el hemisferio derecho quería dormir, el hemisferio izquierdo se empeñaba en leer. ¡Y qué lecturas! Novelas fantásticas, como las de Hoffmann, de Poe y de Villiers; ¡nunca libros científicos!

No sé si he dicho que el doctor odiaba el piano. Pues bien, a Alda se le ocurrió estudiar el piano. Gustaba de envolverse en melodías como todas las almas femeninas verdaderamente superiores.

Pronto intervino hasta en los vicios de Rafael. Odiaba el cigarrillo, que según lo que sabía —y esto lo sabía por el mismo cerebro en que “operaba”— traía consigo la amnesia.

Ahora bien, Rafael amaba apasionadamente el cigarrillo.

Las golosinas la seducían y el doctor odiaba las golosinas...

En resumen, aquellos espirituales “gemelos de Siam” acabaron por hacerse la vida insoportable.²³

Esto no impedía que a las veces recordasen sus primeras horas de amor y, como “en el fondo” tal amor ardía aún, se besasen con delirio.

Mas tras el beso venía el mordisco, es decir, el doctor se mordía los labios...

¡Aquello no podía continuar de tal suerte!

—Bien dije yo que un alma era el regalo del elefante —afirmaba el desdichado Rafael—. ¡Quién me puso vendas en el entendimiento para aceptar el obsequio, Dios mío! ¡Ah! ¡Andrés! ¡Andrés! ¡Qué inmenso mal me has hecho!... Yo vivía tranquilo con las sopas de sesos de doña Corpus y mis filosofías y mis visitas... ¿Por qué se te ocurrió ser agradecido? ¡Así te lleven todos los diablos, poeta desequilibrado..., romanista, esteta, simbolista, ocultista, neomístico o lo que seas!...

Pero Andrés no podía oír aquellos reproches. Perdidido en Padua, la ciudad más melancólica de Italia, entre viejos libros y almas amigas, el poeta pasaba sus días labrando rimas misteriosas que le inspiraban sus espíritus circunstantes.

¡Acaso ni se acordaba del amigo de la infancia, ni de la donación, origen primero de tantas embriagueces y a la postre de tantas desdichas!

¿Y doña Corpus?

¡Ah, la “apocalíptica” doña Corpus nunca como entonces deseando el juicio final!

¿Pues no se le había vuelto loco de remate ese lurio del doctor? ¡Cuando ni consultaba ya! Pasábase todo el día de Dios encerrado “bajo siete llaves” en el consultorio, hablando solo, gesticulando y midiendo la pieza a grandes zancadas. A veces su rostro parecía el de un ángel, según la expresión celeste que en él se advertía —doña Corpus advertía esta expresión celeste a través del agujero de la llave—. Pero a veces parecía rostro de demonio pisoteado por san Miguel...

¡Los masones de México tenían la culpa de todo! El doctor acabaría en San Hipólito.

Valía más que se acabara el mundo...

EL DIVORCIO SE IMPONE

Cierto, con un poco de dominio sobre sí mismos, Alda y Rafael habrían llegado a la paz matrimonial, a esa paz que viene por sus propios pasos algún día, cuando ambas “potencias beligerantes” se fatigan de la tragedia y optan por la salvadora monotonía de una unión sin amor, pero también sin crisis, viendo en adelante pasar la vida “como la vaca mira pasar el tren”.²⁴

Mas el doctor y Alda se amaban a pesar de todo, y el amor no es acaso más que una encantadora forma del odio entre los sexos, de ese odio secular que nació con el hombre y que continuará *in aeternum*.

¡Oh, sí, los sexos se odian! El beso no es más que una variación de la mordida. El amor, en sus impulsos, tiene ferocidades inauditas. Los abrazos fervorosos de un amante sofocan... como los de un oso. ¿No habéis visto alguna vez a una madre joven besar a su hijo hasta hacerle llorar, besarle con furia, casi con ira, causarle daño? Pues lo propio haría con su amado, si tuviese vigor para ello.

Y hasta las locuciones peculiares del amor son feroces: entra por mucho en ellas el instinto de la antropofagia que la cultura no ha podido aniquilar en la humanidad: “Te comería a besos”. “Se la comía con los ojos”... se dice frecuentemente, como si la asimilación digestiva fuera la forma por excelencia de la fusión entre los enamorados...

Así, pues, Alda, que por alma que la supongamos, llevaba todavía en sí muchos de los instintos femeninos, y Rafael, que aunque enfermo de la voluntad, era viril, se odiaban amándose y se amaban odiándose.

Los diálogos agresivos se multiplicaban, y aunque las reconciliaciones eran tanto más hermosas cuanto los disgustos eran más fuertes, éstos iban dejando en ambos espíritus un sedimento de amargura, un resabio profundo de tristeza.

Fuerza era llegar a la conclusión deplorable a que llega la mayoría de los matrimonios modernos, cuando no están de por medio los hijos, y a veces aun cuando éstos estén de por medio: ¡al divorcio!, enfermería legal de las incompatibilidades de carácter.

En la “conciencia” de Alda y del doctor, estaba que era éste el solo remedio de su cuita y si Rafael no se atrevía a abordar la cuestión, Alda la abordó con la resolución que, en los casos difíciles, caracteriza a las mujeres:

—Es triste... —respondió el doctor.

—Triste, pero necesario.

—¿Y cómo realizarlo?

Ahí estaba el busilis: ¿cómo realizarlo?

Una noche, después de arduo debate a propósito de lecturas, en que el doctor veía con pasmo que Alda echaba mano de sus propios conocimientos para redargüirle sin misericordia, con movimiento súbito, aquél echó mano de un pequeño revólver que abría su oscura boca sobre el escritorio, puesto ahí más en calidad de bibelot que de arma, y llevándose a la sien derecha exclamó:

—¡Éste es el solo medio de divorciarnos!

Pero Alda respondió tranquilamente:

—¡Te engañas! Yo te seguiría por toda la eternidad.

Irámos siempre unidos como Paolo y Francesca...

—Entonces...

—Por otra parte, tú no tienes derecho de matarte.

—¡Cómo que no lo tengo!

—Es claro: yo poseo la mitad de tu cerebro y esa mitad no quiere morir.

—¿Pero a qué título la posees?

—¡A título de conquista! ¿No es éste el mejor título de posesión ahora? Pues pregúntalo a Inglaterra y a los Estados Unidos. Si pudieras suicidarte a medias ya sería otra cosa...

—Es imposible.

—Provócate una hemiplejia.

—¡Alda!

—Mira; hay otro medio: que yo encarne en una mujer. Mas para eso necesitamos a un hombre: a Andrés. Es el único que podría operar el milagro.

El ánimo del doctor se había calmado y repuso:

—Dices bien. Así aún es posible que seamos felices, tú con tu cuerpo, yo con el mío, y que nos amemos sin nubes... porque, después de todo, ¡yo te amo! Eres acaso la sola a quien puedo amar... “Semipersonalizada” en mí, acabaría por odiarte a muerte; ¡encarnada en una forma femenina te adoraría con adoración infinita!

—Por mi parte, tornaría a pertenecerte como antes, estaría sujeta a tu mandato; sería de nuevo tu augur y viajaría de nuevo por el infinito; más todavía: como mi cuerpo formaría con mi espíritu una persona “civil” y no “canónica”, mi cuerpo te pertenecería lo mismo que mi alma.

—Busquemos, pues, al “donador”.

—Busquémosle.

—¿Sabes su paradero?

—Antes de que yo encarnase en tu cerebro estaba en Padua.

—Partamos, entonces.

Y aquella noche doña Corpus recibió la orden de prevenir las maletas.

EN CAMINO

Nunca como a su salida de Rusia pudo el doctor comprobar el grado de popularidad a que había llegado en Europa.

Todos los periódicos, “sin distinción de matices”, los mismos que a su llegada le dijeron: “Dobropojalovat!”, es decir, “¡bienvenido!” (la expresión más genuina de la hospitalidad eslava), al saber su partida, con afectuosa efusión le desearon un *Schiaslivago pouti!*, esto es: “¡buen viaje!”.

El doctor se vio obligado a responder por medio de un diario: “Spasibo za vasché gosteprumst vo!”. “¡Gracias por vuestra hospitalidad!”, y aun a añadir, ya en la estación adonde muchos personajes y muchas damas de apellidos con la desinencia “ovna”, agradecidos a su saber, le acompañaron: “Da zdravstvoviete Rossia!”. “¡Que viva Rusia!”

(Suplicamos al lector que no intente pronunciar estas frases. Perderían mucho de su encantadora expresión).

De Rusia a Italia no hubo novedad. Apenas llegado a Padua, Rafael corrió en busca de Andrés, pero Andrés había salido la antevíspera para Alejandría.

Sin piedad para los usados miembros de doña Corpus, el doctor salió para Alejandría; mas ahí averiguó que Andrés había salido la víspera para El Cairo.

Sin tardanza partió para El Cairo, llegó, y supo que Andrés había salido el mismo día para Tierra Santa.

Según se supo después, el poeta iba a buscar en Jerusalén al sumo sacerdote Josefo, descendiente de Melquisedec, para consultar con él algo relativo a la cábala.²⁵

Excusado es decir que el doctor salió para Tierra Santa, esta vez con gran contentamiento de doña Corpus, que se proponía pedir a Cristo, ante su propio sepulcro, la llegada del juicio final.

En Jerusalén, por fin, el poeta y el médico se encontraron.

Se encontraron en un convento de franciscanos, edificado en el Huerto de los Olivos, donde el poeta había hallado fraternal hospitalidad.

—¡Rafael!

—¡Andrés!

Andrés era “casi” el mismo. Poned en su rostro la expresión de fatiga de cuatro años más de ensueño y contemplaréis su “vera efigie”.

Después de la primera exclamación el hemisferio derecho del cerebro del doctor —previo convenio con el izquierdo—, dijo:

—¡Soy muy desgraciado!

—Lo sé todo —le interrumpió Andrés.

—¡Lo sabes todo!... ¿y cómo?

—¿Te olvidas de que Alda no es la sola alma que he poseído?...

—¡Donoso regalo me has hecho!

—¡Hum! ¡La culpa de todo es tuya, amigo mío!

—¡Mía!

—Es claro. ¡Si no hubieses retenido a Alda durante veinticuatro horas en tu consultorio!

—Es cierto... ¡pero he purgado bien esa culpa! ¡Si supieras!, ¡ah!, ¡si supieras!

—¡Te repito que lo sé todo!

—Bueno —y el doctor empezó a exaltarse—; ¡pues si lo sabes todo, debes saber también que estoy desesperado! ¡Que ya no puedo más! ¡Que es preciso que me arranques del cerebro este “cuerpo extraño”, digo, esta alma intrusa, si no quieres que me mate!

Andrés sonrió con sonrisa enigmática.

—No seas impaciente —dijo.

—¡Impaciente!... ¿Y te parece poco entonces lo que sufro? ¿Te parece una friolera esta existencia excepcional que llevo?... ¿Te parece...?

—Cálmate y escucha: yo en tu lugar no me quejaría de mi suerte. Has realizado el maridaje más perfecto. Posees a tu amada en ti mismo. Ninguno antes que tú ha disfrutado de este privilegio; ninguno disfrutará de él después... Lo excepcional de tu vida constituye la belleza de tu vida... No obstante, ¿quieres que te desligue de Alda? Es posible que me sea dado hacerlo, mas no lo haré sin que reflexiones un poco. Mi deber es en este caso el del juez que procura conciliar a los matrimonios mal avenidos antes de pronunciar un fallo de divorcio. Piénsalo bien, Rafael. El connubio que hay en tu cerebro es inapreciable; te convierte en un dios... Aun así, ¿insistes?

—Insisto.

—Bueno, y ¿qué pretendes que haga yo de Alda?

—Que la encarnes en una mujer, joven y hermosa. No me disgustaría una judía —añadió con cierta timidez el doctor.

¡No lo hubiera dicho!

Alda intervino, contraviniendo a su pacto de silencio:

—No, eso nunca. ¡Me chocan las judías! Son de la raza que crucificó a Cristo.

—Es cierto —afirmó Andrés—, pero muy hermosas; ¿dónde hallar fuera de su tipo esa línea ideal de la nariz, esos maravillosos ojos garzos dignos del madrigal, de Gutierre de Cetina?

—¡Yo prefiero a una francesa! Recuerda que fui de raza latina. ¡Oh!, el *chic* de las francesas...

—¡Basta! —interrumpió Andrés con cierto tono autoritario—. No discutamos estéticas. Antes de proceder al avatar que se me pide, es preciso que os haga algunas observaciones de suma importancia.

”Oye tú, Alda; oye tú, Rafael”.

MÚSICA CELESTIAL

Si ha de creerse a la antigua tradición de los hebreos (o cábala)²⁶ —empezó Andrés—, existe una palabra sagrada, que da al mortal que descubre la verdadera pronunciación de ella, la clave de todas las ciencias divinas y humanas.

”Tal palabra, que los israelitas no pronunciaban jamás y que el gran sacerdote decía una vez al año en medio de los gritos del pueblo profano, es la que se encuentra al fin de todas las iniciaciones, la que irradia en el centro del triángulo flamígero; es, por último:



”vocablo que, como se ve, consta de cuatro letras hebraicas.

”Este nombre sirve en el Sepher Bereschit o Génesis, de Moisés, para designar a la divinidad, y su construcción gramatical es tal, que recuerda los atributos que los hombres se han complacido en dar a Dios.

”Cada letra del alfabeto hebreo representa un número; ahora bien:

iod = I = 10

hé = E = 5

vo = V = 6

”Palabra completa ievé.

”*Iod* (I) representa, pues, 10; o lo que es lo mismo, el principio activo por excelencia. El *Yo* = 10.

”*Hé* (E) representa el principio pasivo por excelencia. El no *Yo* = 5.

”La *vo* (V), el término medio, el lazo que une lo activo a lo pasivo. La relación del *Yo* con el no *Yo* = 6.

”El Brahmán²⁷ —siguió Andrés—, según expone un sabio orientalista, explica prolijamente las tres presencias de Dios, al paso que el nombre de Jehová las expresa en una sola palabra, que encierra los tres tiempos del verbo *ser* unidos mediante una combinación sublime: *havah*, ‘fue’; *hovah* ‘siendo’ o ‘es’; y *je*, que cuando está delante de las tres letras radicales de un verbo indica el futuro en hebreo: ‘será’”.

—Me estás hablando en griego, Andrés.

—Te estoy hablando en hebreo, Rafael.

—No te entiendo, Andrés —juzgamos que el lector tampoco.

—Es muy fácil, Rafael, pero en resumen, para que yo opere el prodigio, es necesario que pronuncie correctamente la sagrada palabra que te he citado. Merced a ella encadené el alma de sor Teresa, una pobre niña a quien conocí pidiendo limosna en las calles de México, y que por ministerio mío obtuvo su entrada al convento donde me convenía que viviese custodiada. Merced a ella he encadenado más de diez almas, que son mis compañeras, mis hermanas, mis mentoras...

—¿Y esa palabra, Andrés? —preguntó el doctor con angustia.

—Andrés, ¿y esa palabra? —interrogó Alda con curiosidad.

—Esa palabra... He olvidado cómo se pronuncia.

CONTINÚA LA MÚSICA CELESTIAL

No os desesperéis —dijo Andrés cuando vio el efecto de su respuesta en el rostro del doctor—. Si yo he olvidado la pronunciación de ese vocablo mágico, el israelita Josefo, descendiente de Melquisedec —que según afirman no los tuvo—, la recordará; si Melquisedec júnior no la recuerda, me la darán “mis almas”, las buenas hermanas que van conmigo por dondequiera, y si mis almas no la saben me la dirán mis libros. ¡Ea! Aguarden ustedes una miaja y no desesperen. Tengo de hallar lo que buscamos.

Andrés se dirigió al cubo de piedra encalada, donde habitaba el sumo sacerdote.

Éste, cuestionado por el poeta, permaneció mudo por algunos instantes, y como perplejo. Después, queriendo sin duda deslumbrar al visitante con su erudición oriental:

—Hijo mío —dijo—, yo sé todas las ciencias divinas y humanas. He leído y meditado todos los libros santos del Oriente. Los de China que son: el *I-Ching*, libro de los kuas de Fohi; el *Chi-King*, libro

de los himnos; el *Chu-King*, libro de la historia; el *Ly-Ky*, libro de los ritos; el *Tchun-Tsieu*, o historia de los doce principados, por Confucio; el *S S E-Chu*, o sea los cuatro libros morales de Confucio y de Mencio; el *Tao-Te-King*, libro de la razón, y el *Kaning-Piën*, o libro de las recompensas y de las penas. He leído los libros sagrados de Persia: el *Zend-Avesta* y el *Boun-Debechs*; los libros sagrados de la India o sea los Vedas: el *Rigveda*, libro de la ciencia de los himnos o elogios de los dioses, que se compone de unos diez mil dísticos; el *Yadjurveda*, libro de la ciencia de las ofrendas, que se compone de 86 capítulos en prosa, sobre el ritual de los sacrificios; el *Samaveda*, libro de la ciencia de las plegarias líricas, el más sagrado de todos, y que tiene los himnos que se cantan, esto es, los salmos de los indios; la *Atharvaveda*, o el libro de la ciencia del sacerdote, que contiene setecientos himnos; los *Upanishads* o teología de los vedas; y las *Leyes de Manú*. Yo he leído el código del mahometismo o El Corán y he penetrado todos los misterios de la Biblia: ¿cómo no había de saber pronunciar esa palabra? Deja que me ponga mis vestiduras sacerdotales, que el racional arda con toda la divina igniscencia de sus gemas en mi pecho, y te la diré.

Pocos minutos después el poeta oía de los labios del levita, por tres veces, el vocablo prestigioso.

—Con él podrás desatar —añadió— esas nupcias atormentadoras de dos espíritus, de que me hablas, esas nupcias a las que el pálido Ashtophet, el de las tenebrosas alas, del antiguo Egipto, parece haber presidido.²⁸ Mas es preciso que antes de formularla busques un cuerpo femenino para Alda; ¡de otra suerte, la lanzarás sin misericordia a la eternidad!...

—¡Pero es imposible encontrar un cuerpo de mujer sin alma, padre mío!

—No lo creas; y de todas suertes hay algunos que tienen el alma tan dosificada, que no les estorbaría una nueva. Busca, busca, y si no encuentras vuelve a mí. Acaso un espíritu tan poderoso como Alda podría formarse un cuerpo por sí sola, un cuerpo sutil como habrán de ser los glorificados en el último día, un cuerpo semejante a aquellos que condensaron para hacerse visibles los tres ángeles que vio Abraham, el ángel que luchó con Jacob, el arcángel Gabriel y el arcángel Rafael, echando mano de los elementos orgánicos que atesora la naturaleza.

EL AVATAR

Andrés tornó hacia Alda y Rafael a referirles su conversación con Josefo y los tres pusieron a discurrir.

—He dicho que quiero el cuerpo de una francesa —exclamó Alda.

—Pero ¿dónde hallar ese cuerpo? —preguntó Rafael—. Sería preciso tornar a París y, la verdad, en estas condiciones de dualidad ¡yo no hago el viaje! La separación se impone. Cuanto antes mejor. ¡Soy muy desgraciado!

—El problema es difícil —observó Andrés.

—¡Tan difícil!

—¡Oh, tan difícil!

En aquellos momentos entró en la estancia doña Corpus, que iba en busca del doctor.

Andrés la miró un momento y, dándose una palmada en la frente, exclamó:

—¡Eureka!

—¿Qué es eso de eureka? —dijo Rafael.

—Ya tenemos sujeto.

—¿Quién?

—¡Doña Corpus!

—¡Pero eso es absurdo!

—¿Y por qué? ¿Tè imaginas que un alma como Alda no sería capaz de letificar, vitalizar y transformar este pobre cuerpo claudicante?

—¡No! —prorrumpió Alda—; ¡eso jamás!

—¿Pero tú estás seguro de que mi ama de llaves se transformaría? —preguntó el doctor.

—Como si tomase el agua de la fuente de Juvenio, ¿por qué no?

—Eso es mentira —dijo Alda.

—¡Basta! —ordenó Andrés dirigiéndose a ella—, tú calla y obedece.

—Y tú, Rafael, explícale a doña Corpus lo necesario para que entienda. La pobre nos mira con un asombro digno de mejor cara.

—Es que no estoy de acuerdo... Yo había soñado otra cosa.

—Ahora no se trata de sueños, se trata simplemente de resolver una situación hartamente anormal. Encarnemos a Alda, después no faltará qué hacer... Vamos, dale una explicación a doña Corpus.

—Doña Corpus —empezó Rafael—, ha de saber usted que, por causas difíciles de analizar, yo tengo dos almas en el cuerpo: ¿quiere usted que le pase una al costo?

—¡Pero usted está loco!

—¡O a punto de estarlo, si usted no acepta!

—No entiendo.

—¿Y qué importa que no entienda usted? Acepte y en paz...

—Niño, la verdad, yo no creía que se burlara de esta pobre vieja... Valía más que se acabara el mundo.

—Mire usted, el mundo se acabará cuando le dé la gana, pero a mí ya se me acabó la paciencia. ¿Acepta usted o no?

—Pero, niño de mi corazón, si yo tengo mi alma propia, ¿para qué quiero más?

—Lo que abunda no daña —murmuró Andrés.

—¿Pero está usted segura de que tiene alma, doña Corpus? —cuestionó Rafael.

—¿Qué, cree usted que no soy hija de Dios y heredera de su gloria?

—Pues no la tiene usted.

—¡Cómo que no la tengo!

—Mira, Rafael —interrumpió Andrés—, estas discusiones no conducen a nada. Doña Corpus —añadió, encarándose con la anciana—, el doctor está en grave peligro de condenación eterna si usted no acepta. Si es usted cristiana debe salvarlo; ¿quiere usted? Le advierto que su condescendencia pudiera traerle hasta... ¡la juventud!

Ante aquel argumento doña Corpus vaciló:

—¿Pero no me pasará nada?

—Nada, se lo garantizamos a usted.

—Hagan, pues, de mí lo que gusten.

Andrés no aguardó más; tendió hacia ella sus manos cargadas de fluido y la pobre vieja cayó en sueño hipnótico. Entonces, con toda la solemnidad del caso, el poeta pronunció el tremendo vocablo, ordenando mentalmente a Alda el avatar que deseaba.

El doctor exhaló un grito y cayó cuan largo era sobre el pavimento. Doña Corpus respondió a ese grito con un gemido e, instantes después, el primero tornó a una vida normal y poderosa; la segunda..., la segunda se desplomó pesadamente.

La prueba había sido demasiado ruda para sus cincuenta y tantos años.

Doña Corpus estaba muerta, muerta por exceso de alma, por “¡congestión espiritual!”.

¡El mundo se había acabado para ella!

ALDA QUIERE IRSE

¿H abéis visto el espanto y la indecisión de un canario, súbitamente libre de su jaula, que describe en su torpe vuelo espirales inciertas, que choca contra los muros de la casa, que asciende y desciende piando tristemente, que no acierta a huir hacia el rectángulo de cielo azul que encuadra el patio, que se siente ebrio de oxígeno y de sol y bate con fiebre sus alitas ocre, fingiendo un copo de oro que revolotea en la atmósfera?

Pues algo semejante hacía la mísera alma desligada de nuevo de la carne y presa, sin embargo, por el fluido imperioso de Andrés. Daba tumbos en el espacio; solicitada por ignota aspiración tendía el vuelo al infinito y cuando empezaba a cobrar ímpetu, la voluntad del joven mago la retenía fuera del ciclo a que ella tendía anhelosa, como el niño retiene por medio de un hilo el glóbulo inflado de hidrógeno que se eleva rápidamente en el aire.

—Déjame, déjame que parta —decía la mísera a la mente de Andrés—; Dios no quiere ya sin duda que continúe mi peregrinación por este mundo. Déjame

que parta —repetía a la mente de Rafael—, ya ves que no hemos podido ser felices y que todo es vano... Pre-siento la divina hermosura de la luz perenne y quiero ir a perderme en ella para siempre...

Mas el doctor, que segregado de Alda tornaba a amarla precisamente porque ya no la poseía, porque podía escapársele, porque era “otra”, distinta de él, unía su voluntad a la del poeta para decirle:

—¡Quédate! ¡No, no te vayas!

—El mundo es triste.

—Yo haré de él para nuestro amor un vaso de deleites, una copa radiante para tus labios.

—No, no lo harás... ¡No tienes poder para tanto!

—Alda, necesito un ideal para mi vida; yo estoy hecho de tal suerte que no puedo vivir sin un ideal... Mi existencia sin un fin, sin un afecto, bogaría con la dolorosa indecisión de un pájaro ciego, de una nave desgobernada... ¡Sin ti no me queda más que mi mal!

Andrés intervino de nuevo.

—Haz de tu mal un fin —dijo filosóficamente—. Epictetus afirma que en nuestro poder está aceptar el mal como un bien, o más aún, recibir con indiferencia todos los males.²⁹

Pero Rafael no estaba entonces para filosofías.

—¡Quédate! ¡No te vayas! —repetía melancólicamente, con la maquinal y monótona inflexión de un

niño caprichoso que pide un juguete—. ¡Cómo decías que me amabas!

—¡Es cierto, te amaba, te amo aún acaso! Mas ¿qué culpa tengo yo de que al revelárseme de nuevo todos los esplendores de lo alto, de tal suerte me deslumbren y en modo tal me atraigan y con fuerza tal me soliciten, que la sola idea de tornar a esa enferma vida y a esos incoloros afectos de la tierra me llene de angustia?

”¡Ah, tú no sabes, tú no puedes comprender la delicia de abejear por el espacio sin límites, de ser una perenne libélula de esos grandes corimbos de flores pálidas que se llaman constelaciones; de escuchar el salmo de los mundos que ruedan, de fundirse a la crin fosforescente de los cometas, de visitar orbe tras orbe y hallar con pasmo que la creación siempre comienza, que siempre estamos en el umbral del universo y que tenemos para recorrerlo la rapidez de la luz, la sutileza del éter y la tenuidad del perfume!... ¡Y quieres que torne a animar una pobre masa encefálica, a unirme a un cuerpo encadenado por la gravedad, enervado por 15 500 kg de presión atmosférica, sujeto a la enfermedad, a la vejez y a la muerte!... ¡No! ¡No! ¡Déjame partir, errar, errar perpetuamente! Me impulsa el instinto de Ahasverus, Carthaphilus, Isaac Laquedem o como se llame:³⁰ este instinto se apodera de todas las

almas libres, como se apodera de todos los fulgores, de todos los sonidos, de todos los vientos... Dios le pone en ellas para que le busquen. Este instinto mitigado en la vida es lo que llamamos ideal, arte, amor. ¡El ideal, el arte y el amor no son más que el ‘presentimiento del infinito’! Este instinto es el que nos impide el reposo, la ventura, la ecuanimidad en la ergástula enorme del planeta... ¡Déjame que parta!”

Pero el doctor no entendía de razones y murmuraba tristemente:

—¡No te vayas!

ADIÓS

Doña Corpus dormía ya su definitivo sueño bajo la tierra sagrada que humedeció la sangre del Justo, y todavía aquel pobre espíritu femenino, como una mariposa loca, erraba por las capas inferiores de la atmósfera, sin libertad y sin destino, suplicando dulcemente:

—Déjenme partir.

Andrés recordó el consejo del israelita y le sugirió:

—Mira, Alda, prueba a formarte un cuerpo; condensa nubes, encadena gases, selecciona todo aquello de que está compuesto el cuerpo humano: carbón, hidrógeno, oxígeno, ázoe, cloro, fierro, fosfato, sodio, potasio, calcio; o bien, vístete de una forma sutil como los ángeles que se dignaron aparecer ante los pastores...

—No puedo —respondió Alda—. Mi fuerza no alcanza a tanto... ¡Dejadme ir!

—¿Por qué no te unes —añadió Andrés— a esa turba de hermanas invisibles, que me rodean cuando yo las desato de sus organismos?

—No puedo tampoco. Ellas aún tienen un cuerpo, una cárcel, yo no tengo nada, nada más que el vivo deseo de fundirme en la eterna luz.

—¡No, eso no! ¡No te irás! —insistió Rafael angustiado—. ¡Yo te amo! ¡Continúa a mi lado! Yo te rendiré un secreto y perenne culto... ¡Tú serás mi ángel custodio, mi alma bien amada! ¡Quédate! ¡Quédate! Ahora te quiero más que nunca...

—Te he dicho ¡ay!, que no, que no debo, y ahora te diré que ya es tarde, Rafael, ¡demasiado tarde! ¡Eres como todos los hombres: cuando poseen en sí a la ilusión, hija del cielo, la amargan con sus mezquindades y con sus egoísmos, la empequeñecen y la alejan y, cuando miran perderse a distancia sus alas de luz, la llaman y sollozan por ella! ¡Insensato! ¡Qué importaba sacrificar un poco de tu orgullo ante la inefable dicha de tenerme contigo, ante la fusión mirífica de tu espíritu y el mío!... ¡Loco! Habías realizado el connubio sublime por excelencia y tú mismo has roto el conjuro. Tu idilio hubiera sido superior al de aquel libro revelado a Gautier. Espirita estaba en tu propio cerebro y la desdijaste, y ahora se va..., será preciso que el “donador” consienta en que se vaya... El foco indeficiente de donde emana toda vida la atrae; el infinito la aguarda... Ante los deliquios de amor que el “más allá” le ofrece, ¿qué valen tus cariños, pobre iluso? ¡Dejadme! ¡Dejadme que parta!

Andrés, a quien aquel diálogo mental por él también entendido conmovía en extremo, dijo a Rafael:

—Tiene razón. Me repugna ejercer violencia sobre este pobre espíritu. Consiente en libertarlo.

—Pero ¿no ves que voy a quedarme solo, absolutamente solo, si se marcha?

—¡Ah!, no —interrumpió Alda—, yo descenderé de vez en cuando a tu morada. Vendré por las mañanas, con las buenas auras olorosas, y por las tardes, con los oros postreros del ocaso. Me oirás en la brisa que pasa, me aspirarás en el perfume que flota, me contemplarás en los lampos del alba; me sentirás en el júbilo de tu espíritu consolado. Yo brillaré en la lágrima de gratitud del pobre a quien socorras, en la sonrisa del enfermo a quien alivies, en la mirada del desventurado a quien alientes. Yo estaré presa en las redes armoniosas del verso que te conmueva, cantaré en el arrullo de las orquestas, temblaré en la garganta de los pájaros, lloraré en las vibraciones solemnes de la campana que reza el ángelus, reiré en los gorgoritos cristalinos de las fuentes, fulguraré en el verde joyante de las praderas, arderé en el fuego pálido de las estrellas y mi virtud será la que te diga en todos los trances amargos de la vida: “*Ora et spera!*, ¡la redención está cercana! Trabaja y haz el bien; siembra gérmenes de amor, que mañana florecerán en la eternidad como grandes rosas”... No

más me llamaré para ti Alda, mas habrás de llamarme Lumen,³¹ pues que tu luz seré y como la luz estaré en todas las cosas. Y cuando te avvicines al trance postrero yo vendré a ti para confortarte, yo te daré la mano para que salves ese tremendo abismo que separa la vida de la eternidad, “y como dos notas que forman un acorde”, como dos hebras de luz que forman un rayo, como dos colores que forman un tono, nos uniremos entonces para siempre en el infinito y juntos seguiremos la escala de perfección a que estamos destinados...

La luz se alejaba suavemente, las brisas llegaban saturadas del olor capitoso de las gomas de Judea y del perfume acre de las flores primiciales.

—Consiente, Rafael —suplicó Andrés.

Rafael callaba, cautivado a su pesar por aquel panteísmo insensato.

—Ennoblece tu amor con el martirio —añadió Andrés—. La vida es breve... La muerte habrá de redimirte de tu soledad y de tu angustia.

—Consiente, Rafael —repitió Alda.

Rafael hizo acopio de toda su energía y murmuró con voz ahogada:

—Sea, pues...

Luego estalló en sollozos.

—Alda —pronunció entonces Andrés—, Alda, yo te desligo y te liberto; vuela, aléjate hacia esa luz inde-

ficiente que te aguarda, y ruega por nosotros los que quedamos en este valle de lágrimas: “in hac lacrimarum valle”.

Alda suspiró:

—¡Gracias!

Sintió el doctor entre sus labios como la sombra de frescura, tenue y casta, de un beso de adiós: el fantasma de un beso...

Y el alma liberta, el noble espíritu manumiso, partió después como un ensueño que se aleja.

Andrés y Rafael quedaron inmóviles en la estancia.

Rafael sollozaba, meditaba Andrés.

Delante de ellos estaba el sol que se ponía.

Detrás de ellos, en los limbos indecisos del pasado, estaba el recuerdo...

POESÍA TENEMOS

Cumplió Alda (llamada Lumen en su definitiva vida espiritual) la promesa hecha a su amado?

Juzgamos que sí, porque merced a la omnividencia, que es privilegio del autor, hallamos en una página del diario de Rafael, escrita en 1892, y después de un párrafo humorístico que entre otras cosas dice: “Torné a México tan rico como cualquiera de los Cuatrocientos de la Quinta Avenida (*The four hundred of the fifth Avenue*), pero tan pobre de paz como antes. En Veracruz los aduaneros no me registraron el equipaje, y en el tren compré a un muchacho unas naranjas y no me dio lo vuelto; esto me hizo comprender que me encontraba ya en mi país”; hallamos, digo, los siguientes versos, pensados sin duda por Rafael, pero a los cuales debe haber dado forma literaria Andrés, ya que el doctor no era muy hábil en achaques de versificación, dedicados a la dulce ausente e intitulado:

Tenue

Un eco muy lejano,
 un eco muy discreto,
 un eco muy süave:
 el fantasma de un eco...

Un suspiro muy triste,
 un suspiro muy íntimo,
 un suspiro muy blando:
 la sombra de un suspiro...

Un perfume muy vago,
 un perfume muy dulce,
 un perfume muy leve;
 el alma de un perfume...

Son los signos extraños que anuncian
 la presencia inefable de Lumen.

¡Ay de mí si no advierto
 el eco tan lejano,
 el suspiro tan íntimo,
 el perfume tan vago!...

Lumen vuelve a ser hebra de luna,
 ¡diluyéndose toda en un rayo!

Éste es el cuento de *El donador de almas*, que he tenido el placer y la melancolía de contaros. Guardadlo en vuestro corazón, y plegue al cielo que, cuando la quimera llegue hasta vosotros, la acariciéis con humilde espíritu y en alta contemplación, a fin de que no se aleje y hayáis de amarla cuando parta...

Deo gratia, feliciter, amen!

México, 1899

ZOILO Y ÉL

ZOILO.—¿Por qué llama usted a esta historia *El donador de almas*? Fíjese usted bien: el donador apenas si proyecta su silueta en el libro, y en cuanto a las almas donadas se reducen a una.

ÉL.—Hay un derecho incontrovertible, y es el de bautizar. ¿Por qué se llama usted —es un suponer—, Fernando? Fernando significa guerrero valiente, y usted ni es valiente ni es guerrero. ¿Por qué se apellida usted Blanco? Un moreno, sincero como usted, no debía apellidarse así. No obstante, está usted en su derecho. Los nombres son bien comunes.

Mi *nouvelle* se llama *El donador*, en primer lugar, porque así me plugo llamarla y, en segundo, porque al final de ella vive aún quien da, y quien da, lógicamente, puede seguir dando. Si usted acertase a crear un átomo, sería usted creador de átomos, porque la virtud que en usted radica es la que, ejercitada una vez y en aptitud de ejercitarse otras, le da a usted el nombre.

ZOILO.—¿Por qué habla usted antes del 98 de las conquistas de los Estados Unidos?

ÉL.—No me refiero a Hawai ni a Filipinas ni a Puerto Rico ni a Cuba... Lo decía por Texas, Arizona, Nuevo México y la Alta California... Usted perdone.

ZOILO.—¿Por qué produce usted tanto?

ÉL.—Porque mi amada es múltipara y de los tiempos en que la fecundidad se consideraba como una nobleza y la esterilidad como una ignominia. Ni padece de la cintura, ni requiere emulsiones reconstituyentes; ni necesita, como Raquel, esclavas que conciban por ella, ni adopta prole extraña, como la hija del faraón, aunque esa prole pudiese llamarse Moisés.

ZOILO.—¿Qué escuela pretende usted seguir?

ÉL.—Oiga usted: amo a Asunción, a causa del esmalte de sus dientes y de la aristocracia de sus manos, semejantes a las de Isolda; a Lidia, por el brillo de sus ojos, y a Elena, por las rosas de la color. Amo a Blanca, en razón de sus cabellos largos, como los de Margarita de Provenza, y rubios como los de la princesa Ginebra; a Antonia, por la sonoridad y cadencia de sus movimientos, y a Ana, por la música de sus palabras y el poder de sus besos. Ni Asunción, ni Lidia, ni Elena, ni Blanca, ni Antonia, ni Ana son la perfección individualmente consideradas. Unidas la forman y unidas las busco. Mi heredad es grande y mi mies rica.

ZOILO.—¿Por qué le combaten a usted como si usted fuera muchos? Usted es uno.

ÉL.—Somos yo y mis hijos. Sara odió a su sierva, porque su sierva, concibiendo, condenaba su esterilidad. Agar huyó al desierto por el crimen de ser fecunda.

ZOILO.—¿Por qué calla usted siempre? Enmudecer es acatar.

ÉL.—No callo, trabajo; no enmudezco, escribo. Creo en la labor y en el silencio: en la primera, porque triunfa; en el segundo, porque desdenea.

ZOILO.—Su libro de usted pudo desarrollarse más.

ÉL.—Usted dice: desarrollar, Flaubert dijo: “condensar”. Prefiero a Flaubert. Nuestra época es la de la *nouvelle*. El tren vuela... y el viento hojea los libros. El cuento es la forma literaria del porvenir.

ZOILO.—Literaturizar en México es “arar el océano”, si he de usar la frase de Bolívar. Usted pudo ser abogado, médico, ingeniero, capitalista... y no es usted nada. Su obra morirá sin haberle dado a usted vida.

ÉL.—Todos somos aquello que el acaso hace de nosotros. Dante Gabriel Rossetti escribió estos versos:

Look in my face; my name is Might-have-been;
I am also called No-more, Too-late, Farewell.³²

Mírame, yo soy “aquello” que hubiera podido ser.
Me llaman también “nunca jamás”, “demasiado tarde”... “adiós”.

ZOILLO.—Pudo usted ahorrarse esta réplica, cumpliendo con su canon de silencio.

ÉL.—Suponga usted que la necesitaba para nutrir dos páginas más que completasen la última entrega, y que todo es asunto de regente.

NOTICIA DEL TEXTO

El donador de almas es la cuarta novela corta de Amado Nervo. El poeta y prosista de Tepic, radicado en la Ciudad de México desde mediados de 1894, la dio a conocer en cinco entregas en el suplemento de la *Revista Cómico* (tomo III, números 15 al 19, del 9 de abril al 7 de mayo de 1899). Esta publicación se imprimía en la Tipografía de *El Mundo*, otra de las empresas periodísticas de Rafael Reyes Spíndola, y con quien Nervo colaboró como redactor y editor por más de una década.

Con *El donador de almas*, el novelista quiso replicar el éxito de crítica de *El bachiller* (1895 y 1896). Aunque esta *nouvelle* pasó inadvertida en la prensa capitalina, resulta fundamental en la trayectoria de Nervo como autor de narrativa breve y fantástica. Representa también el inicio de una veta que el autor explorará a partir de 1907 en España: la publicación de novelas cortas con elevados tirajes para el público de revistas y colecciones de quiosco.

La segunda edición de *El donador de almas* forma parte de *Otras vidas* (1905), publicado por Nervo

al llegar a Madrid en la casa editorial J. Ballezá. Este volumen reúne las versiones definitivas de *El bachiller* y *Pascual Aguilera*. La presente edición de *El donador de almas* sigue esas últimas decisiones del autor.

AMADO NERVO
TRAZO BIOGRÁFICO

Amado Nervo Ordaz nace el 27 de agosto de 1870 en Tepic, Nayarit. Poco después de la muerte de su padre, en 1884 ingresa como interno al Colegio San Luis Gonzaga de Jacona, Michoacán, donde cursa dos años de estudios preparatorios. En 1885 su madre y hermanos se trasladan a Zamora, Michoacán; al año siguiente, Amado ingresa al seminario de aquella ciudad, escribe sus primeros poemas y prosas, concluye la preparatoria, inicia la carrera de leyes y estudia un año de teología. En 1891 abandona el seminario y vuelve a Tepic.

A mediados del año siguiente se traslada al puerto de Mazatlán, Sinaloa, donde publica sus primeras crónicas en el diario vespertino *El Correo de la Tarde*, así como adelantos de sus dos poemarios iniciales: *Perlas negras* y *Místicas*. En julio de 1894 se instala con su familia en la Ciudad de México y trata a Luis G. Urbina, Manuel Gutiérrez Nájera y Justo Sierra, entre otros autores a los que dedica algunas “Semblanzas Íntimas” en *El Nacional*, donde también firma con

varios seudónimos la columna “Fuegos Fatuos”; poco después inicia otra columna, “La Semana”, para *El Mundo. Semanario Ilustrado*.

En abril de 1900 llega a París como corresponsal de *El Imparcial* para cubrir la Exposición Universal. Traba amistad con Rubén Darío. En agosto Rafael Reyes Spíndola, propietario de *El Imparcial*, lo despidió por colaborar en otras publicaciones. En medio de penurias, escribe el poema extenso *La hermana Agua*, concluye su primera antología personal, *Poemas*, y gestiona la traducción de la novela corta *El bachiller*. El 31 de agosto conoce a Cécile Louise Dailliez Largillier (Ana Cecilia o Anita en la prosa y la poesía nervianas) con la que vivirá once años. A principios de 1902 regresa a México, comparte con Jesús E. Valenzuela la dirección y la propiedad de la *Revista Moderna de México* (1903-1911) y vuelve a colaborar en los diarios de Reyes Spíndola.

El 2 de septiembre de 1905 asume el cargo de segundo secretario de la Legación de México en Madrid y Lisboa. Desde la capital española se relaciona paulatinamente con escritores, artistas e intelectuales y, durante su estancia de trece años, publica poemarios, novelas cortas y compilaciones de prosa y ensayos. El 7 de enero de 1912 fallece imprevistamente Ana Cecilia y semanas después el poeta empieza a escribir *La ama-*

da inmóvil. En 1914 es cesado de su cargo diplomático por el gobierno constitucionalista de Venustiano Carranza, quien lo reinstala dos años más tarde.

Hacia 1918 Nervo es uno de los poetas más populares en Hispanoamérica por sus colaboraciones en diarios y revistas argentinos. Atento a ese prestigio, Isidro Fabela aconseja al presidente Carranza que nombre al escritor nayarita ministro plenipotenciario en Argentina, Uruguay y Paraguay, con el objeto de promover el apoyo de aquellas naciones para que Estados Unidos reconozca al gobierno constitucionalista. Con la salud muy deteriorada, arriba a Buenos Aires a finales de febrero de 1919. Tras una breve pero intensa labor periodística y frecuentes homenajes de escritores, el 24 de mayo fallece en el Parque Hotel de Montevideo por una crisis de uremia. Seis meses después, sus restos, a bordo del buque de guerra *Uruguay*, son trasladados a México. Durante la trayectoria se suman cruceros de otras nacionalidades americanas y se realizan ceremonias fúnebres en distintos puertos del continente. Finalmente, el cortejo desembarca en Veracruz el 10 de noviembre. Cuatro días después, en uno de los funerales más concurridos en la historia de la Ciudad de México, Amado Nervo es sepultado en la actual Rotonda de las Personas Ilustres de la Ciudad de México.

NOTAS

¹ Paráfrasis de “¡Mi reino por un caballo!”. En el drama histórico *Ricardo III* (1513) de William Shakespeare (1564-1616), Ricardo, duque de Gloster, al perder su caballo en plena batalla, grita desesperado: “¡Esclavo, he puesto mi vida en la balanza / y quiero afrontar el azar de la muerte! / ¡Creo que hay seis Richmonds en el campo de batalla! / ¡Cinco he matado ya en su lugar! / ¡Un caballo! ¡Un caballo! ¡Mi reino por un caballo!”. William Shakespeare, *Ricardo III*, Eusebio Lázaro [traducción, prólogo y notas], Madrid, Valdemar, 1997, p. 249.

² “Todo el pueblo percibía los truenos y relámpagos, el sonido de la trompeta y el monte humeante, y temblando de miedo se mantenía a distancia. Dijeron a Moisés: ‘Háblanos tú y te entenderemos, pero que no nos hable Dios, no sea que muramos’”, Éxodo [20:18-19]. Pasaje que refiere la teofanía de Yahvé a Moisés en el monte Sinaí, donde Aquél se compromete a ser Dios de los israelitas siempre que éstos acaten los diez mandamientos. *Nueva Biblia de Jerusalén*, Bilbao, Desclée de Brouwer, 1999.

³ Primer verso del poema “Brise Marine” (1865) de Stéphane Mallarmé (1842-1898). S. Mallarmé, *Obra poética I* [Edición bilingüe]. Ricardo Silva Santisteban, traducción. 3ª ed. Madrid, Hiperion, 1994, p. 62.

⁴ Posible referencia a un pasaje del cuento “El caballero del azor” (1896) de Juan Valera (1824-1905), donde el protagonista recibe como obsequio un escudo que tiene grabado un azor, sujeto por la mano de una mujer. Además, el caballero lleva impreso en el hombro derecho dicha ave; esta marca le permitirá conocer su verdadero nombre. Juan Valera, *Novelas, cuentos, teatro, poesía. Obras completas*, vol. I, Luis Araujo [traducción y estudio preliminar], Madrid, Aguilar, 4ª ed., 1958, pp. 1145-1149.

⁵ Alborack. Cuadrúpedo alado con rostro humano. Mahoma lo cabalga en un viaje nocturno de revelación de La Meca hacia Jerusalén cruzando los siete cielos. El animal acepta ser montado a cambio de que Mahoma le conceda entrar al paraíso.

⁶ Debido a que la figura del emperador romano Julio César (100 a. C.-44 a. C.) se había divinizado, eran pocas las ocasiones en las que, en su vida cotidiana, dejaba a un lado el extremo lujo, la suntuosidad y los placeres sensuales. El emperador justificaba su comportamiento arguyendo un supuesto linaje divino.

⁷ Durante su reinado, Salomón gozó de 700 esposas y 300 concubinas, algunas lo indujeron a la idolatría. Como consecuencia de su infidelidad religiosa, Dios advierte a Salomón que arrebatará su reino a su sucesor. Véase 1 Reyes (11:1-4). El libro del Eclesiastés, atribuido a Salomón, comienza con la frase citada porque un tema importante del libro es la reflexión sobre la banalidad que rodea al hombre y la conciencia de éste sobre su nimiedad. *Nueva Biblia de Jerusalén*, Bilbao, Desclée de Brouwer, 1999.

⁸ En el relato fantástico *La aventura de la noche de san Silvestre* (1815) de E. T. A. Hoffmann (1776-1822), el protagonista, Erasmo Sphiker, entrega su imagen atrapada en un espejo a Julieta, una misteriosa mujer que lo seduce con su belleza. Esta anécdota se basa en *La historia maravillosa de Peter Schlemihl* (1814) del escritor alemán Adelbert von Chamisso (1781-1838). Al final del relato de Hoffmann se lee: “Por el camino se encontró con un tal Peter Schlemihl, que había vendido su sombra; ambos se acompañaron mutuamente, de modo que Erasmo Sphiker diera la sombra necesaria y Peter Schlemihl reflejase la imagen en el espejo; pero la cosa no resultó”. E. T. A. Hoffmann, *Vampirismo, seguido de El magnetizador y La aventura de la noche de san Silvestre*, Carmen Bravo-Villasante [prólogo y traducción], Barcelona, J. J. de Olañeta, 1988, p. 83.

⁹ El mito del andrógino refiere la unión del sexo masculino y el femenino en un solo cuerpo que simboliza un estado de totalidad primigenia. Platón (h. 428 a. C.-h. 348 a. C.) define el amor como un íntimo anhelo de restitución de la plenitud perdida, de reencuentro con la totalidad. Los practicantes de la cábala y la alquimia creían en el hermafroditismo de los primeros hombres, por ello se convirtió en deber religioso la reconstrucción universal de la armonía y de la unidad perdidas. Neruo escribió la crónica “Hermafrodita”, Amado Neruo, *Obras I*, p. 440; el ensayo “El ser neutro”, *Obras II*, pp. 713-714, y el poema “Andrógino”, *Obras I*, p. 274. Véase Amado Neruo, *Obras completas*, 2 vols., Francisco González Guerrero y Alfonso Méndez Plancarte [recopilación, prólogo y notas], México, Aguilar, 1991.

¹⁰ En el *Corpus Hermeticum*, libro atribuido a Hermes Trismegisto, se menciona la creación del Hombre Primordial

de quien se dice: “Ahora bien, el Nous, padre de todos los seres, siendo vida y espíritu, produjo un Hombre parecido a él, del que se prendó como su propio hijo. Pues el Hombre era muy hermoso, reproducía la imagen de su padre: verdaderamente Dios se enamoró de su propia forma, y le entregó todas sus formas”. Hermes Trismegisto, *Obras completas*, vol. I, Miguel Ángel Muñoz Moya [traducción, prólogo y notas], Barcelona, Muñoz Moya y Montraveta, ed. bilingüe, 1985, p. 6.

¹¹ Después de sonar la séptima trompeta, el arcángel Miguel evita que el Mesías sea devorado y combate con una bestia “de siete cabezas y diez cuernos” a quien vence y arroja al infierno. Apocalipsis [12:7-9]. *Biblia de Jerusalén*, Bilbao, Desclée de Brouwer, 1999.

¹² La familia de libreros Bouret llegó a México a principios del siglo XIX procedente de Francia. Su primera librería, Rosa y Bouret, ubicada entre el Portal de Mercaderes y el de Agustinos, abrió sus puertas a mediados de la centuria. En los años veinte, el gerente Raúl Mille decide cerrar la librería, ubicada en el número 45 de la calle 5 de Mayo, a causa de los estragos económicos producidos por la Primera Guerra Mundial. Juana Zahar Vergara, *Historia de las librerías de la Ciudad de México. Una evocación*, México, Centro Universitario de Investigaciones Bibliotecológicas-Universidad Nacional Autónoma de México, 1995, pp. 74-77.

¹³ En el *Anuario Estadístico de la República Mexicana 1895*, aparece consignado en la lista de editores el nombre de Budin N. como editor de un semanario de perfil político y literario. *Anuario Estadístico de la República Mexicana 1895*,

Antonio Peñafiel [edición], México, Oficina Tipográfica de la Secretaría de Fomento, 1895, p. 681.

¹⁴ Los libreros españoles Juan Buxó y José Morales llegan a México en 1852 y establecen la librería Madrileña en la calle del Coliseo Viejo (hoy 16 de Septiembre) número 25, entre las actuales Motolinía y Bolívar. El éxito del negocio se debió “a la venta de novelas llegadas de España, novelones en cuya lectura consumía su tiempo la sociedad mexicana de mediados del siglo XIX”. Juana Zahar Vergara, *Historia de las librerías de la Ciudad de México. Una evocación*, México, Centro Universitario de Investigaciones Bibliotecológicas-Universidad Nacional Autónoma de México, 1995, pp. 51-52.

¹⁵ El decadentista francés Joris-Karl Huysmans [1848-1907] fue iniciado en el ocultismo en 1889 por la amante de Rémy de Gourmont (1858-1915), Berthe Courrière (1852-1916), y trabó amistad con Jules Bois (1868-1943). Después de la muerte del contradictorio clérigo Joseph-Antoine Boullan (1824-1893), Huysmans y Bois publican en la prensa francesa una serie de artículos contra los rosacruces Stanislas de Guaita (1861-1897), Joséphin Péladan (1858-1918) y Oswald Wirth (1860-1943), acusándolos de matar mediante magia a Boullan. Guaita contesta con la pluma y con las armas, retando a duelo a sus acusadores. Huysmans se retracta por escrito pero Bois acepta la intimación. El día del enfrentamiento, los tres caballos del carruaje de Bois mueren en circunstancias extrañas. Aunque Huysmans se retiró a un monasterio benedictino en París, no dejó de tener contacto con el movimiento ocultista al que perteneció, al parecer, por miedo a represalias. Péladan se dedicó al estudio de las ciencias ocultas, y su interés por estos temas lo lleva

a fundar en 1888, junto con Guaita, la orden cabalística de la Rosacruz.

¹⁶ En la tradición oriental la unión del Yin y el Yang, en este caso masculino y femenino, simboliza la interacción de los opuestos sexuales donde “el círculo gira porque el núcleo de cada una de sus partes es de la misma naturaleza que el resto de la otra mitad e intenta reunirse con ella”. Elémire Zolla, *Androginia*, Elena Amorós Arriero (traducción), Madrid, Debate, 1994, p. 68. La unión espiritual consumada de los personajes los coloca en el estado original que relata el Génesis bíblico, restableciendo no sólo la relación entre sexos, sino también la relación armónica con Dios, y por lo tanto, con el universo: “Creó, pues, Dios al ser humano a imagen suya, a imagen de Dios lo creó, macho y hembra lo creó”. Génesis [1:27]. *Biblia de Jerusalén*, Bilbao, Desclée de Brouwer, 1999.

¹⁷ Palabras de Jesús a una samaritana cuando ésta va a sacar agua del pozo y él le pide de beber: “‘Pero llega la hora [ya estamos en ella] en que los adoradores verdaderos adorarán al Padre en espíritu y en verdad, porque así quiere el Padre que sean los que le adoren. Dios es espíritu, y los que adoran, deben adorar en espíritu y verdad’”. Juan [4:23-24]. *Biblia de Jerusalén*, Bilbao, Desclée de Brouwer, 1999.

¹⁸ El interés de Nervo por la astronomía se remonta a su estancia en el colegio San Luis Gonzaga de Jacona, Michoacán [1884-1886], donde sus profesores —los sacerdotes José Dolores Mora y del Río [1854-1928] y Francisco Plancarte y Navarrete [1856-1920]— lo “enseñaban a deletrear en el cielo encendido de estrellas el alfabeto de oro de las constela-

ciones”. A. Nervo, *Obras I*, p. 1326. Con el tiempo adquirió un telescopio, se hizo fotografiar con él y cobró fama de aficionado culto. El 7 de septiembre y el 8 de octubre de 1904, en la Sociedad Astronómica de México, dictó la conferencia “La literatura lunar y la habitabilidad de los satélites”. La primera parte del texto aborda la obra del escritor de ciencia ficción H. G. Wells (1866-1946). La segunda, basada en teorías científicas de la época, expone las funciones de los satélites que circundan Marte, Júpiter y la Tierra. A. Nervo, *Obras II*, p. 498. Véase Amado Nervo, *Obras completas*, 2 vols., Francisco González Guerrero y Alfonso Méndez Plancarte [recopilación, prólogo y notas], México, Aguilar, 1991.

¹⁹ San Pablo (h. 10-67) explica la diferencia entre la dudosa sabiduría humana y la sabiduría divina, argumentando que ésta es perfecta: “hablamos de una sabiduría de Dios, misteriosa, escondida, destinada por Dios desde antes de los siglos para gloria nuestra [...] Más bien, como dice la Escritura: ‘Lo que ni el ojo vio, ni el oído oyó, ni al corazón del hombre llegó, lo que Dios preparó para los que lo aman’ ” 1 Corintios [2:6-9]. *Biblia de Jerusalén*, Bilbao, Desclée de Brouwer, 1999.

²⁰ En este pasaje bíblico se pondera el valor de la sabiduría divina como medio para regular la vida del hombre. Dicha virtud vuelve justos a los hombres y trae generosas recompensas espirituales, por esta razón los gobernantes deben acercarse a ella. Sobre esta sabiduría divina, Salomón afirma: “La quise más que a la salud y a la belleza y preferí tenerla como luz, porque su claridad no anochece. Con ella me vinieron a la vez todos los bienes e incalculables riquezas en sus manos” Sabiduría [7:7-9]. *Biblia de Jerusalén*, Bilbao, Desclée de Brouwer, 1999.

²¹ Robert Green Ingersoll (1883-1899), político y abogado, participó en la guerra de secesión de los Estados Unidos. Perteneció al Partido Republicano y ocupó el cargo de procurador general del estado de Illinois. Célebre por su coherencia en el discurso oral y en el escrito, fue defensor de la abolición de la esclavitud, la igualdad racial, la educación laica, la libertad de expresión y el sufragio de la mujer. Criticó severamente a la institución eclesiástica.

²² Ambos personajes destacaron por su capacidad oratoria. Honoré Gabriel Riqueti, conde de Mirabeau (1749-1791), se vio marginado de la nobleza por su vida licenciosa. Fue partidario de una monarquía constitucional. El político francés Léon Gambetta (1838-1882) era un republicano radical, organizó la defensa contra Prusia y llegó a ser primer ministro durante algunos meses (1881-1882).

²³ Chang y Eng, gemelos siameses nacidos en 1811 en el reino de Siam, hoy Tailandia. En 1824 el traficante de armas Robert Hunter y el capitán escocés Abel Coffin adquieren los derechos de los hermanos y los llevan a Estados Unidos y a Europa para exhibirlos como monstruos. En 1870 se embarcan en Liverpool hacia Estados Unidos, donde fallecen cuatro años más tarde.

²⁴ El cuento "¡Adiós, Cordera!" (1893) de Leopoldo Alas, Clarín (1851-1901), debe su título a una "vaca matrona" que convive apaciblemente con sus pequeños pastores y con los adelantos de la civilización, simbolizados en los postes del telégrafo, en la corriente eléctrica y en las vías del ferrocarril. Finalmente, la Cordera termina por acostumbrarse "al estrépito inofensivo [del tren], más adelante no hacía más

que mirarle, sin levantarse, con antipatía y desconfianza". Leopoldo Alas, *Cuentos completos*, t. 1, Carolyn Richmond (introducción, bibliografía y apéndices), Madrid, Alfaguara, 2000, p. 439.

²⁵ Josefo Flavio (35-100), historiador judío, autor de *Antigüedades judías*, *Contra Apión*, *Guerra judía* y *Autobiografía*. Estas dos últimas obras relatan la rebelión contra Roma. Se entregó a los romanos y cuando éstos le concedieron la ciudadanía, adquirió el gentilicio de su protector Flavio. Fue descendiente de una familia de sacerdotes ligada a la monarquía de los asmoneos, de ahí la posible relación con Melquisedec, rey cananeo de Salem y sacerdote de El-Elyón.

²⁶ Hermetismo puro, *ad pedem litteræ*. [Nota del autor].

²⁷ Una de las advocaciones de Brama, según distintas devociones del hinduismo. El Brahmán es el principio creador, autosuficiente, que sostiene el universo.

²⁸ Ash: dios representado por un halcón o por un hombre con cabeza de halcón. Controla todo lo que producen los oasis. Está íntimamente asociado con Seth, dios del desierto que provoca las tormentas de arena y protector de las caravanas que se dirigen hacia el este. Tophet: versión del infierno asociada en el Antiguo Testamento con el culto a Moloch.

²⁹ Epicteto (55-135), filósofo estoico. Afirmaba que el orden universal es justo, por lo tanto el hombre debe seguir ese sistema y aceptar el destino. Para él, la felicidad consiste en el triunfo de la razón, es decir, la naturaleza y la voluntad dominan las pasiones, limitando los deseos a aquello que se puede controlar. Aunque no dejó escritos, su discípulo Flavio

Arriano (h. 105-?) recogió sus enseñanzas en el *Enchyridion* y en sus *Discursos*.

³⁰ Los tres nombres se refieren al judío errante, personaje legendario condenado a vagar por agredir a Jesús en el camino al Calvario. Se le considera una representación antisemita. El mito fue representado por pintores como Gustave Doré (1832-1883), Paul Gavarni (1804-1866), Gustave Moreau (1826-1898), y por el novelista Eugène Sue (1804-1857) en *El judío errante* (1845).

³¹ Vocablo latino que significa resplandor, luz, claridad. En el *I Ching* la luz corresponde al trigésimo hexagrama “Li” o “Luo”, kua doble representado por el fuego. El hombre sabio recurre a este hexagrama para iluminar los cuatro puntos del mundo.

³² Versos del poema “Superscription”, incluido en *The House of Life* (1871) del pintor y escritor inglés Dante Gabriel Rossetti (1828-1882). Dante Gabriel Rossetti, *Poems and translations 1850-1870*, Londres, Oxford University Press, 1913, p. 130.



El donador de almas, se terminó de editar en el Instituto de Investigaciones Filológicas de la UNAM, el 22 de octubre de 2018. La composición tipográfica, en tipos Janson Text LT Std de 9:14, 10:14 y 8:11 puntos; Simplon Norm y Simplon Norm Light de 9:12,10:14 y 12:14 puntos, estuvo a cargo de NORMA B. CANO YÉBRA. La edición estuvo al cuidado de JOSÉ LUIS ALONSO CRUZ.